

# LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL TAJO CENTRAL (CAL. V-I MILENIO A.C.)

Kenia Muñoz López-Astilleros\*

**RESUMEN.** - La documentación recuperada en diversos trabajos de prospección y excavación arqueológica llevados a cabo en un sector concreto de la cuenca media del Tajo ha permitido determinar los cambios acaecidos entre el Neolítico y la Primera Edad del Hierro; cambios que atañen a aspectos como el repertorio material, el medio natural, el patrón de poblamiento, las estructuras domésticas, el mundo funerario, el aprovechamiento de recursos y el contexto social. Ello permite, en última instancia, la identificación en dicho ámbito de una serie de procesos históricos de larga duración, particularmente dos grandes ciclos demográficos y socio-económicos, que revelan que los más de cuatro milenios estudiados no constituyen la unidad homogénea y monolítica con la que siempre se ha identificado la Prehistoria meseteña.

**ABSTRACT.** - The Late Prehistory in the Tagus middle basin (cal. V-I millennium B.C.). This study is the result of surveys and excavations carried out in a selected area of the middle basin of the Tagus river in the Southern Meseta of the Iberian Peninsula. The analysis of palaeoecological data, material assemblages, settlement patterns, domestic structures, funerary evidence and socio-economic context from the Neolithic to the Early Iron Age allows to identify several long-term historical processes. Particularly, two demographic and socio-economic cycles were distinguished, which contradicts the traditional idea that the Prehistory of inner Iberia presents almost no apparent change along these four millennia.

**PALABRAS CLAVE:** Neolítico, Calcolítico, Edad del Bronce, Primera Edad del Hierro, Prospección y excavación arqueológica, Procesos históricos de larga duración, Cuenca Media del Tajo, Madrid, Toledo.

**KEY WORDS:** Neolithic, Copper Age, Bronze Age, Early Iron Age, Archaeological survey and excavation, Long-term historical processes, Tagus middle basin, Madrid, Toledo.

## 1. INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

### 1.1. Objetivos y metodología

En este artículo se aborda la caracterización de los posibles procesos de larga duración identificados en un sector concreto de la cuenca media del Tajo —en torno a la confluencia de los ríos Tajo y Jarama entre las provincias de Madrid y Toledo (fig. 1)— a lo largo de los más de cuatro mil años que separan el Neolítico (4500 a.C./cal. 5000 A.C.) del inicio de la Segunda Edad del Hierro (500 a.C./cal. 500 A.C.). Esta caracterización se ha abordado a través del análisis no sólo del repertorio material recuperado en los sitios; sino también del medio natural, el patrón de poblamiento y las estructuras domésticas, el mundo funerario, el aprovechamiento de los recursos econó-

micos y el contexto social de cada etapa, así como de la interrelación entre todos estos aspectos. El objetivo último ha sido la identificación de procesos de larga duración al menos en el área de estudio, lo que constituiría una aportación novedosa y de gran utilidad sobre una prehistoria como la de la región, aparentemente homogénea durante milenios. Desde el punto de vista teórico, una aproximación de este tipo resulta muy próxima, por otra parte, a los planteamientos de la Escuela de *Annales* (ver Ortega 1998).

La documentación a partir de la que se ha elaborado dicha caracterización está constituida básicamente por prospecciones y excavaciones. De los 1.480 km<sup>2</sup> de territorio que comprende el área de estudio la mayor parte —esto es, 236 km<sup>2</sup> o un 15,9% del total explorado— se ha cubierto mediante prospección sistemática intensiva de cobertura total, localizándose

\* Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. 28040 Madrid.

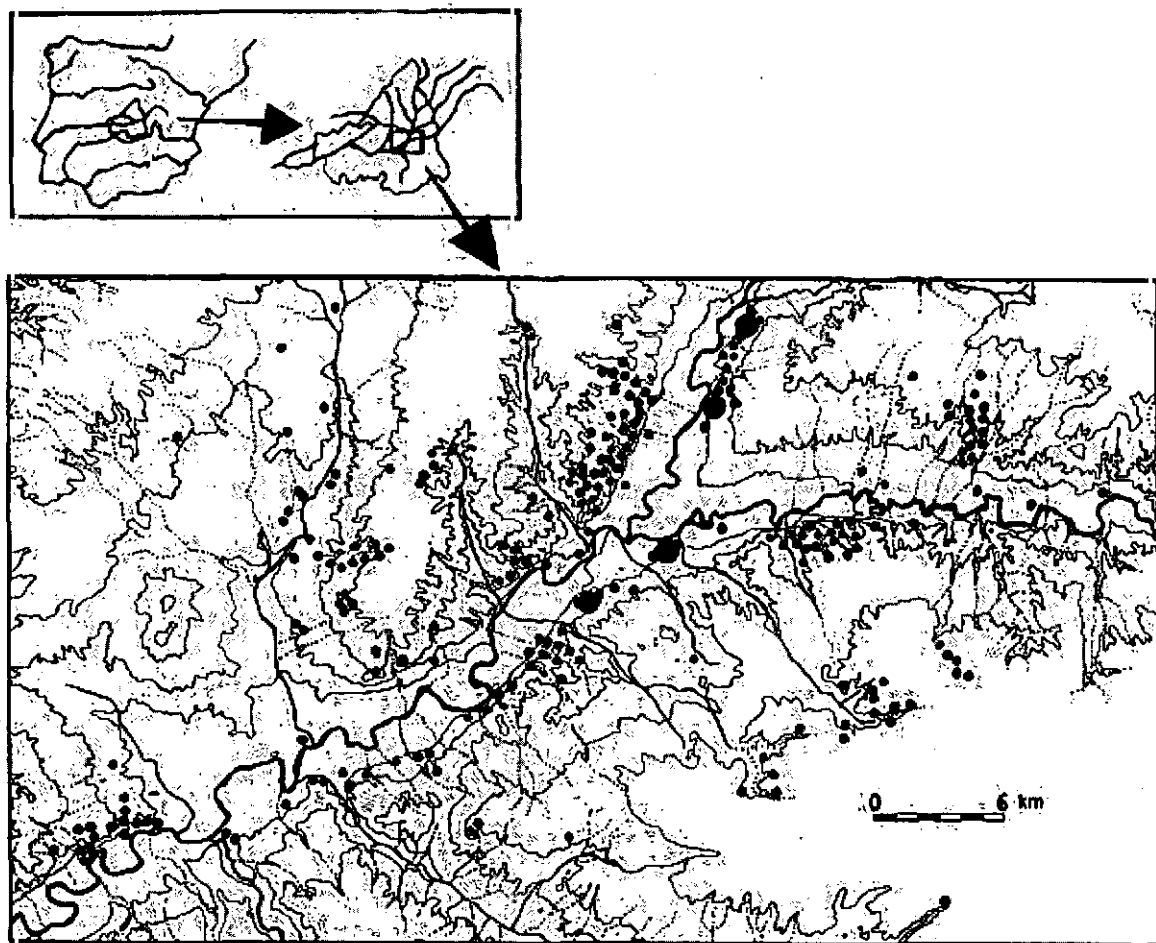


Fig. 1.- Mapa de yacimientos documentados en el área de estudio mediante prospecciones y excavaciones. Los círculos mayores representan los sitios excavados por la autora que de norte a sur son: Soto del Hinojar y Puente Largo de Jarama (Primera Edad del Hierro), Huerta de los Cabrerros (Calcolítico) y Cantera de La Flamenca (Edad del Bronce).

165 yacimientos –es decir, un 70%– de los 234 que componen el estudio. De ellos 157 km<sup>2</sup> –un 38,8% de la superficie total prospectada– y 61 yacimientos –un 26%– han sido prospectados y localizados en las márgenes del Tajo y el Jarama bajo la dirección de otros especialistas en el seno de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid<sup>2</sup>. Los otros 78,5 km<sup>2</sup> –19,3%– y 104 yacimientos corresponden a trabajos dirigidos por la propia autora<sup>3</sup> entre los años de 1988 y 1991, destinados a completar los espacios vacíos dejados por los trabajos preexistentes, particularmente en los tramos más alejados de los citados ríos. Otro importante porcentaje –160 km<sup>2</sup> (10,8% del total) y 59 yacimientos (24,7%)– corresponde a prospecciones extensivas y/o selectivas de diversos especialistas y aficionados cuya información procede básicamente del Inventario Arqueológico de la Provincia de Toledo. Finalmente, un porcentaje ínfimo –menos de 3 km<sup>2</sup> y 10 yacimientos– corresponde a noticias de informantes locales o localizadas en la bibliografía.

Las excavaciones se han llevado a cabo, como complemento de las prospecciones, en cuatro ya-

cimientos arancetanos de tres momentos distintos de la secuencia de estudio (fig. 1): Huerta de los Cabrerros –para el Calcolítico– y Cantera de «La Flamenca» –para la Edad del Bronce–, donde se localizaron varios hoyos subterráneos; y Soto del Hinojar y Puente Largo de Jarama para la Primera Edad del Hierro, tratándose en el primer caso de un sondeo prácticamente infructuoso, mientras que en el segundo pudimos identificar los restos de una edificación de piedra y adobe de planta cuadrangular. Estos trabajos de excavación, realizados bajo la dirección de la autora<sup>4</sup> entre 1992 y 1993, han ido acompañadas en el caso de Huerta, Cantera y Puente de diversos tipos de análisis: palinológicos (Mariscal 1996; Ruiz y otros 1997), carpológicos (Arnanz 1994), faunísticos (Liesau 1996 y en prep.), edafológicos (Gascó y Manuel 1994) y dataciones radiocarbónicas (Alonso 1995). A esta documentación se han añadido como complemento, particularmente cuando faltan o escasean las evidencias correspondientes en la zona de estudio, datos procedentes del resto de la cuenca media del Tajo y de la Meseta.

## 1.2. Marco cronológico

La secuencia crono-tipológica que enmarca el estudio, elaborada a partir del registro material y las dataciones radiocarbónicas obtenidas tanto en el área de estudio como en otros puntos de la cuenca media del Tajo, se compone básicamente de cuatro etapas, las cuales, a su vez, se subdividen en diversos periodos, según proponemos a continuación (fig. 2).

El estudio se inicia con las cerámicas y la industria pulimentada más antiguas halladas en el área de estudio (Muñoz e.p.c), que hemos asignados al Neolítico Medio, fechable entre comienzos del IV milenio y comienzos del III milenio a.C. (cal. mediados V mil.-comienzos IV mil. A.C.) o incluso antes, en función de sus paralelos con otros ámbitos peninsulares. En efecto, se trata de cerámicas decoradas con incisiones, impresiones y acanaladuras que remiten a cuevas y yacimientos meseteños (Municio 1988: fig. 115a: 1, 5 y 6; Iglesias y otros 1996: fig. 3: 6, 7 y 17), levantinos (Olaría 1988: figs. 24 y 29), andaluces (Piñón y Bueno 1988: figs. 80: 18 y 73; López García 1988a: fig. 2C 67) y portugueses (Soares y Tavares 1979: fig. 11). Los brazaletes lisos de piedra recuperados son similares, por su parte, a los conocidos en diversos contextos en cueva y al aire libre de Andalucía y Levante (Teruel 1986; Bernabeu y otros 1988; Montero y Ruiz 1996).

El Calcolítico, que podríamos fechar entre comienzos del III milenio, si no antes, y comienzos del II milenio a.C. (cal. mediados IV mil.-finales III mil. A.C.), se dividiría en tres momentos. Una primera etapa o Neolítico Final/Calcolítico Antiguo (comienzos-mediados III mil. a.C. = cal. mediados IV mil.-comienzos III mil. A.C.) se caracterizaría en el ámbito material por la aparición de fuentes carenadas, que cuentan con paralelos en el Oeste peninsular (Tavares y Soares 1979; Martín de la Cruz 1986; López Plaza 1987; Enríquez 1990), e industrias microlíticas geométricas que, como en contextos megalíticos de la Meseta (Delibes y otros 1987; Bueno 1991), se asocian a cerámicas mayoritariamente lisas. Le sigue durante la segunda mitad del III milenio a.C. (cal. comienzos-mediados III mil. A.C.) el Calcolítico Pleno, con fuentes de borde reforzado o almendrado, cerámicas de pastillas repujadas y abundancia de otras decoradas con triángulos incisos rellenos de punteado, que remiten, al menos en los dos primeros casos, a contextos occidentales (Tavares y Soares 1979; Martín de la Cruz 1986; López Plaza 1987; Enríquez 1990; Val 1992). Al Calcolítico Final, es decir, al tránsito III/II milenio y comienzos del II milenio a.C. (cal. mediados-finales III mil. A.C.) corresponderían, como en toda la Meseta (Delibes 1977; Blasco 1994; Garrido 1995), los barros campaniformes y Dornajos.

La Edad del Bronce, que se fecha entre los siglos XVII y IX a.C. (cal. tránsito III/II mil.-comien-

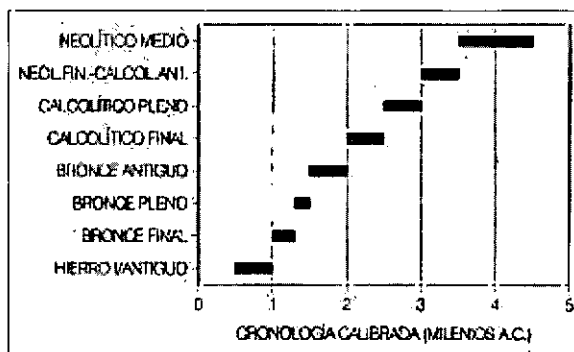


Fig. 2.- Marco cronológico.

zos I mil. A.C.), podría compartimentarse en otras tres etapas. El Bronce Antiguo, entre los siglos XVII y XV a.C. (cal. tránsito III/II mil.-mediados primera mitad II mil. A.C.), presenta cerámicas carenadas lisas similares a las conocidas en otros puntos de la cuenca media del Tajo (Quero 1982; Álvaro y Pereira 1990) y en los ámbitos valenciano y manchego (Fernández-Miranda y otros 1995; Ruiz Taboada 1998; Pedro 1995; etc.), quizá inicialmente contemporáneas de los últimos Dornajos y del hallazgo metálico de La Paloma (Muñoz e.p.b). El Bronce Pleno, del siglo XIV al XII a.C. (cal. mediados II mil. A.C.), se caracteriza por cerámicas carenadas emparentadas con las anteriores, aunque decoradas con motivos simples y poco abigarrados incisos o impresos, denominadas genéricamente Protocogotas, de las que existen numerosos ejemplos en la cuenca media del Tajo (Almagro y Fernández-Galiano 1980: figs. 8 1/0/75 y 26 3B/1; Sánchez Meseguer y otros 1983: fig. 14A; Méndez 1994: figs. 5 y 6) y, sobre todo, en la Meseta Norte (Delibes y Fernández 1981; Jimeno 1984b: figs. 141 y 143; Jimeno y Fernández 1991: fig. 39). Desde los siglos XII/XI al IX a. C. (cal. segunda mitad II mil.-comienzos I mil. A.C.) se desarrollaría el Bronce Final, caracterizado por recipientes de voluminoso cuerpo inferior troncocónico con abigarradas ornamentaciones de boquique, línea cosida, incisión, excisión, etc., denominadas de Cogotas I; sus paralelos remiten, como en el caso anterior, a otros puntos del Tajo Central (Blasco, Calle y Sánchez-Capilla 1991; Carroles y otros 1994) y la cuenca del Duero (Delibes y otros 1990).

La secuencia termina con la Primera Edad del Hierro o Hierro Antiguo, fechable desde los siglos IX/VIII a comienzos del V a.C. (cal. comienzos I mil.-principios siglo V A.C.). En sus inicios –entre fines del siglo IX y comienzos del VII a.C. (cal. comienzos I mil. A.C.)– se manufacturan cerámicas cuyos perfiles y decoraciones remiten al final de Cogotas I y a un mundo antiguo de Campos de Urnas (Ruiz Zapatero 1985; Ruiz Zapatero y Lorrio 1988), así como a niveles contemporáneos de yacimientos meridionales (Ruiz Mata 1995; Lucas 1995). A mediados

de esta etapa, durante el siglo VII y comienzos del VI a.C. (cal. mediados de la primera mitad I mil. A.C.), se desarrollan las producciones que se han considerado típicas del Hierro Antiguo madrileño como los recipientes finos carenados con decoraciones de bandas incisas metopadas (Blasco y otros 1988; Blasco, Lucas y Alonso 1991; Muñoz 1993). Finalmente y ya en las postrimerías de la Primera Edad del Hierro (siglo VI y principios del siglo V a.C./cal. A.C.) se documentan tipos cerámicos lisos, bien conocidos en otros ámbitos mesetefíos (Almagro Gorbea 1969; Cerdeño y García 1990).

## 2. RELACIONES CON EL MEDIO

### 2.1. Cambios en el medio ambiente

A lo largo de estos cuatro mil años, el medio ambiente de la región debió de sufrir enormes cambios, originados mayoritariamente por una intervención antrópica cada vez más intensa: desde una vegetación primitiva compuesta por ricos y frondosos encinares, que cubrirían las elevaciones terciarias y las mesas calizas, y bosques en las riberas de los ríos Tajo y Jarama (Peinado y Martínez 1985; Rivas y otros 1994), hasta el paisaje relativamente degradado de finales del I milenio a.C., donde habrían ido ganando terreno matorrales y pastizales. Así lo demuestran los análisis palinológicos realizados en tres yacimientos de la zona de estudio emplazados en terrazas de las márgenes del Jarama y del Tajo (fig. 3: 1). En efecto, los datos proporcionados por el yacimiento calcolítico de Huerta de los Cabreros (Mariscal 1996) revelan un medio inicialmente deforestado pero aún boscoso y variado, donde, además del encinar, aparecían fresnos y castaños. Mucho más empobrecida aparece la vegetación en Cantera de La Flamenca –Bronce Antiguo–, con el retroceso de las dos primeras especies citadas y la desaparición de la tercera (Ruiz y otros 1997); y, sobre todo, la de Puente Largo de Jarama –Primera Edad del Hierro–, donde significativamente sólo aparecen representadas algunas componentes del bosque de ribera como *Ulmaceae* y *Salicaceae* (Mariscal 1996). Estos tres análisis, que constituyen una muestra relativamente escasa, parecen reflejar, sin embargo, una tendencia general evidente en el ámbito madrileño bien documentada en síntesis regionales recientes (López García y otros 1997: 167-8).

### 2.2. Búsqueda y aprovisionamiento de materias primas

El área de estudio es rica en determinados elementos minerales y pobre en otros. Como buena cuenca sedimentaria, abundan en ella el sílex, las sa-

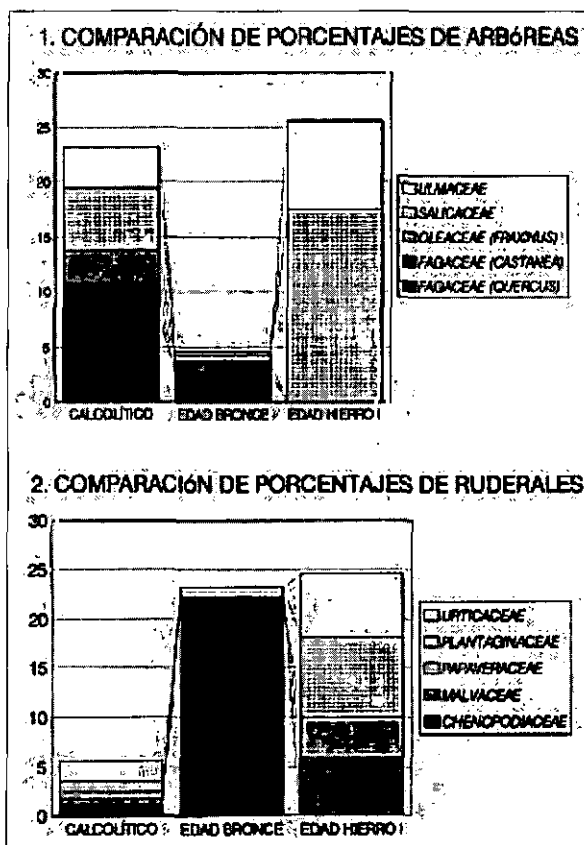


Fig. 3.- Evolución de pólenes de arbóreas (1) y ruderales (2) en yacimientos del área de estudio a lo largo de la secuencia: Huerta de los Cabreros (Calcolítico) y Puente Largo de Jarama (Primera Edad del Hierro) a partir de Mariscal (1996); Cantera de La Flamenca (Edad del Bronce) a partir de Ruiz y otros (1997).

les, la caliza, la arcilla o el yeso (Pérez Regodón 1970) (fig. 4). El pedernal local, que aflora a techo de las series margo-yesíferas y está presente asimismo entre las gravas de las terrazas más altas (Mapa... 1975: 7-8 y 13-4), ha sido largamente aprovechado, pese a su mediana calidad; de principio a fin de la secuencia y paulatinamente desplazado por el metal. En efecto, el amplio repertorio tipológico de las postrimerías del Neolítico y de la Edad del Cobre –microlitos, variadas puntas de flecha, raspadores, buriles, raederas, perforadores, láminas y microláminas, denticulados, etc.– (Vallespí y otros 1987, 1990) se va reduciendo a medida que avanza la Edad del Bronce hasta que a comienzos de la Edad del Hierro sólo quedan ya grandes elementos de hoz y algunas láminas (Muñoz 1993: fig. 7). El homogéneo aspecto del sílex de la zona no permite hacer aseveraciones –a falta de la analítica correspondiente (Gutiérrez y otros en prep.)– sobre las redes intrarregionales de aprovisionamiento e intercambio, que, no obstante, debieron de existir si nos atenemos a la presencia en determinados yacimientos calcolíticos –Fuente Grande y Molino de Viento– de plaquetas retocadas de sílex tabular (Vallespí y otros 1990: láms. IV: 12-3 y VI: 7), que sólo

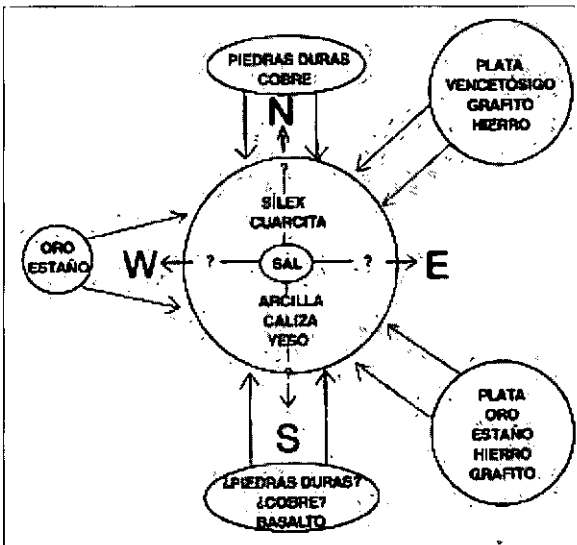


Fig. 4.- Circulación hipotética de materias primas entre el área de estudio y otros ámbitos regionales y peninsulares.

pueden proceder de puntos muy localizados situados a más de 10 km. (J. Santos com. pers.).

La región es asimismo extraordinariamente rica en manantiales salinos (fig. 4) –sulfatos y cloruros sódicos (thenardita, mirabilita, sal gema), magnésicos (epsomita) y cálcicos (glauberita)– (Mapa... 1991: 11; Pérez Regodón 1970: 114 y 168), que surgen en los bordes de las elevaciones terciarias margosiferas que bordean los grandes valles fluviales. Habiendo sido explotados dichos manantiales al menos desde el Medievo (López Gómez y Arroyo 1983: 340-1) y estando claramente relacionados con el emplazamiento de determinados hábitats prehistóricos, debieron de ser aprovechados, en buena lógica, también por éstos. El aprovechamiento sería básicamente animal –la sal es fundamental en la dieta de los herbívoros– sin que ello conllevara necesariamente ningún tipo de actividad extractiva –el ganado la puede ingerir abrevando, lamiendo las costras o comiendo ciertas plantas (J.P. del Monte y C. Roquero com. pers.)–; sin desechar que las aguas salobres pudieran haber sido asimismo consumidas habitualmente por los humanos (Porres y otros 1986: 664).

Sin embargo, tampoco puede descartarse la posibilidad de que hubiera existido algún tipo de explotación de estas sales si atendemos a la proximidad espacial de los manaderos a los sitios calcolíticos que han proporcionado morillos –asociados incluso a hogares, recordando un tanto a Santioste (Delibes y otros 1998)–, a algunos emplazamientos puntuales del Bronce Antiguo en entornos donde no existe ningún otro recurso (Muñoz en prep.), e incluso a poblados del Bronce Final y algunos de los más importantes del Hierro Antiguo (Muñoz e.p.a). Si esta explotación tuvo, en principio, un carácter eminentemente doméstico o local para alcanzar en momentos avanzados unas

dimensiones suprarregionales es una cuestión que, pese a su lógica, se nos escapa (fig. 4). Pero estas aguas salobres también podrían haber sido empleadas como medicinales por sus propiedades purgantes como se ha venido haciendo hasta este siglo (Leblic 1994: 34 y 37), por ser particularmente útiles en determinadas dietas. La sal debió de emplearse asimismo para conservar y curar alimentos –no tanto carnes, que requieren mucha cantidad (C. Liesau com. pers.), cuanto derivados lácteos–, curtir cueros y pieles y como mordente para el teñido de fibras textiles (A Cabrera com. pers.).

En cuanto a la caliza, que corona las plataformas de la Mesa de Ocaña y las alcarrias de Chinchón y Colmenar (Mapa... 1975: 5; Mapa... 1986: 11), parece que se utilizó en época calcolítica para la confección de los “ídolos de violín”. De la posibilidad de que se aprovecharan las arcillas de elevadísima calidad del valle del Guatén (Mapa... 1986: 12) en la fabricación de cerámicas en algún momento de la secuencia –incluso más allá de los límites del valle– es algo sobre lo que no podemos pronunciarnos a falta de los correspondientes análisis ceramológicos. Y por lo que respecta al yeso, asimismo muy abundante en la zona, tenemos constancia de que se utilizó al menos durante el Hierro Antiguo en el enlucido exterior de la cabaña de Puente Largo de Jarama 1 (V. Manuel com. pers.).

El área de estudio carece, sin embargo, de minerales y rocas plutónicas –granito, diorita–, metamórficas –gneis, esquisto, grafito, serpentinita, sillimanita– y extrusivas –basalto–, y minerales metálicos –cobre, estaño, hierro, oro, plata– (Pérez Regodón 1970) que, sin embargo, aparecen en los yacimientos, transformados por el hombre (fig. 4). Los tres primeros grupos se han utilizado ampliamente en la fabricación de distintos elementos: granito, gneis y esquisto para molinos barquiformes presentes a lo largo de toda la secuencia, incluso aún en el siglo IV a.C. (Muñoz y Madrigal 1999); grafito como ornamentación de recipientes cerámicos a fines de la Primera Edad del Hierro (González Simancas 1934: lám. I: 1); y los restantes para útiles pulimentados como hachas, azuelas, cinceles y alisadores, relativamente abundantes a lo largo del Neolítico y el Calcolítico (Muñoz 1993: fig. 2; Muñoz y otros 1995: 33 y 35) pero que fueron perdiendo volumen e importancia hasta casi desaparecer en el Hierro Antiguo, sustituidos paulatinamente por el metal. La ausencia de los análisis químicos y petrológicos pertinentes nos impide conocer, sin embargo, las materias primas –y su procedencia– con que se confeccionaron los brazaletes y brazales de piedra recuperados en yacimientos neolíticos –Depósito de Velilla, La Flamenca, Las Esperillas (Muñoz e.p.c)– y campaniformes –Fuente Amarga– respectivamente; o los pigmentos empleados en barro pintados calcolíticos y de la Edad del Hierro.

Con los minerales metálicos y sus aleaciones se ha elaborado también un amplio repertorio de piezas, recuperadas no muy abundantemente en sitios del área de estudio y otros puntos de la cuenca media del Tajo. De cobre y bronce hay útiles y armas como el puñal de remaches de El Caño (Rovira Llorens y otros 1997: 376-7), las puntas de flecha de El Aljibe y de lanza de tipo Palmela de El Caño (Rovira Llorens y otros 1997: 376-7) y La Paloma (Harrison 1974) —donde se han recuperado asimismo un puñal de lengüeta y dos alabardas—, y espadas de distintos tipos como las de La Perla (Pérez de Barradas 1936: lám. XXIII: 5) y Ronda (Jiménez de Gregorio 1966: fig. 9). De cobre y bronce son asimismo diversos objetos suntuarios y de adorno personal como la fíbula de codo del Bronce Final de Perales del Río (Blasco, Calle y Sánchez-Capilla 1991: fig. 48), y, ya del Hierro Antiguo, la anilla de El Quinto (Muñoz e.p.a), las posibles cazuelitas carenadas o timiaterios de Puente Largo de Jarama (Muñoz y Ortega 1997) y Camino de los Pucheros —de donde procede una vasija con decoración de incrustaciones metálicas (Muñoz 1993: fig. 7: 12) y una chapa con remaches quizá correspondiente a un brasero—, el colgante de Camino de las Cárcavas (López Covacho y otros e.p.) y el pasarriendas de carro de Soto del Hinojar (Jiménez Ávila y Muñoz e.p.). Piezas que sólo comenzaron a confeccionarse ocasionalmente con hierro a partir de comienzos de la edad eponímica: es el caso de los dos cuchillos de El Carpio (Pereira y Álvaro 1990: fig. 4: 3 y 4). Se fabricaron asimismo algunas joyas y vajilla en oro como las cintas de Entretérminos (Losada 1976), La Paloma (Harrison 1974) y del cerro del Bu (Álvaro y Pereira 1990: 208) y el brazalete del Hierro Antiguo de La Torrecilla (Priego y Quero 1978), y plata —una barrita del Bu (Álvaro y Pereira 1990: 208) y un vasito de El Carpio (Pereira y Álvaro 1990: fig. 4: 1)—.

Esta carencia del área de estudio y del centro de la cuenca tagana en minerales, piedras y rocas, que eventualmente pueden aparecer como nódulos en las terrazas fluviales, ha obligado desde tiempo inmemorial a las gentes que poblaron la región a buscarlos bien directamente en otras zonas bien a través de otros grupos (fig. 4). El aprovisionamiento de rocas plutónicas y metamórficas y minerales cupríferos de los poblados del área madrileña durante el Calcolítico y los comienzos de la Edad del Bronce parece que se realizó mayoritariamente en el Sistema Central (Millán y Arribas 1994; Rovira Llorens y Montero 1994), existiendo afloramientos similares en los cercanos Montes de Toledo (Montero y otros 1990), que quizá también se explotaron. Extrapolar que algo semejante pudo suceder en momentos posteriores resulta, cuando menos, coherente. Se aprovisionaron los grupos del Tajo central de estas materias bien directamente

bien a través de sus vecinos próximos, mediante expediciones específicas o al hilo de trasterminancias ganaderas, parece, sin embargo, que quizá sólo algunos poblados —El Guijo (Rojas y Rodríguez 1990) o El Ventorro (Priego y Quero 1992) durante el Calcolítico y comienzos de la Edad del Bronce— realizaron actividades metalúrgicas proveyendo presumiblemente de sus fabricados a los demás, aunque la producción no tuviera más que carácter doméstico.

Otros elementos tienen con certeza procedencias aún más lejanas. En el caso del basalto sus afloramientos más próximos se encuentran en el Campo de Calatrava, y en el del estaño, el oro, la plata y el hierro en el occidente y sureste peninsulares —muy puntualmente en los rebordes montañosos de la cuenca media del Tajo (Ruiz-Gálvez 1998: 108 y fig. 25)—, estando también presentes los dos últimos en Sierra Morena y el Sistema Ibérico, donde se puede encontrar asimismo el grafito (García y Martínez 1992).

Salvar dicha distancia requeriría verosímelmente de intercambios a larga distancia, siendo la intermediación tanto más necesaria cuanto más lejana la fuente de aprovisionamiento, más poblados los distintos territorios y más difícil la movilidad de los grupos. Parece excusado decir que las piezas de tipología más compleja o específica —alabardas del Bronce Antiguo; armas, adornos y elementos suntuarios del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro— debieron de ser casi exclusivamente obra de fabricación o fabricantes foráneos pues nunca se han recuperado en la región los moldes con que se elaboraron —como sí sucede en el caso de piezas más simples como agujas o varillas— y presentan frecuentemente, en cambio, tipologías características u originarias de otras áreas peninsulares.

Así podría hablarse, por ejemplo, de la procedencia o inspiración occidental —noroccidental o suroccidental— de la sierra, las alabardas y quizá la cinta de oro de La Paloma (Enríquez 1990; Sánchez-Palencia y Pérez 1989; Senna-Martínez 1994), algunos tipos de hachas y espadas del Bronce Final (Fernández Manzano 1986; Pereira 1994), la vasija con incrustaciones de cobre de Camino de los Pucheros (Muñoz 1993; Lucas 1995), el pasarriendas de Soto del Hinojar (Fernández-Miranda y Olmos 1986), las supuestas cazuelitas o timiaterios de Puente Largo y Camino de los Pucheros y el posible brasero de este último sitio (Garrido y Orta 1978), y suroriental en el caso de la fíbula de Perales del Río (Blasco, Calle y Sánchez-Capilla 1991).

Estos intercambios debieron de ir además probablemente acompañados de otro tipo de conexiones, entre las que las similitudes en formas y decoraciones cerámicas y ritual funerario con las áreas de procedencia del mineral serían, junto con los minerales y sus fabricados, las más fáciles de rastrear en el

registro arqueológico: así, las concomitancias con el occidente peninsular durante el Bronce Final, cuando se generaliza la técnica del bronce y, por tanto, el uso de estaño, y con la Alta Andalucía y el oriente de la Meseta a finales de la Primera Edad del Hierro, cuando se generalizan los tratamientos grafitados y comienza a extenderse el uso del “metal negro”.

### 3. ECONOMÍA Y HÁBITAT

#### 3.1. Alimentación y otras connotaciones del repertorio material

Quisiéramos hacer hincapié en la relación del repertorio material, y particularmente cerámico, documentado en la zona de estudio –y, en general, en la cuenca media del Tajo– con los hábitos alimenticios, culinarios e incluso de banquete y ceremonial de las gentes que lo crearon y utilizaron. Sugerimos la posibilidad de detectar algunos rasgos de la dieta y sus consiguientes cambios a lo largo del tiempo no sólo a partir de datos palinológicos o arqueofaunísticos sino también de la mayor o menor presencia de determinados tipos de recipientes cerámicos basándonos en la idea de que su perfil y el modo en que han sido fabricados, tratados e incluso decorados guardaría una estrecha relación con la función concreta a que iban destinados (fig. 5).

Así, vasos y cuencos de paredes hondas o perfiles entrantes, frecuentemente engobados y particularmente abundantes durante el Neolítico y la Edad del Cobre (Muñoz 1993: figs. 2 y 3), serían adecuados para contener y consumir líquidos (Gast y otros 1969: pls. VII y VIII; Senna-Martínez 1995: 86) como agua, caldo y, sobre todo, leche, en momentos en que la alimentación pudo ser poco diversificada y estar muy vinculada a este último alimento (Sherratt 1983). Fuentes y cazuelas, que aparecen a partir del Calcolítico (Muñoz 1993: figs. 2 y 3; Muñoz y otros 1995; Muñoz y García e.p.), parecen apropiados para alimentos sólidos o semisólidos como gachas o tortas, quizá en relación con una importancia creciente en la dieta de harinas procedentes de bellotas<sup>5</sup> o cereales (Gast 1968: 67 y pls. VIII, X y XIX-XXI; Senna-Martínez 1995: 86). Las queseras, para la fabricación de queso, aparecen en el registro arqueológico de la región entre el Calcolítico y quizá el Bronce Final en relación con el aprovechamiento secundario del ganado. Las grandes vasijas de cuerpos voluminosos, cuellos estrangulados y bordes vueltos, muy abundantes desde finales de la Edad del Cobre hasta comienzos del Bronce Final y durante la Primera Edad del Hierro, habrían servido, si nos atenemos a los datos procedentes de excavaciones, como contenedores de agua (Fernández-Miranda y otros 1990: 357-8) y, so-

bre todo, para el almacenaje de cereal y harina (Pedro 1990: 344) destinados al consumo diario (Bruneton-Governatori 1979: 132), hipótesis reforzadas por su frecuente asociación a cucharas y, sobre todo, cuencos hemisféricos –particularmente abundantes por las mismas fechas– para servicio y dosificación.

Rasgos formales de las vasijas cerámicas como bordes vueltos, carenas, cordones, mamelones y superficies escobilladas habrían servido para proteger el contenido o facilitar el manejo del recipiente –en ocasiones con el auxilio de cuerdas– e incluso –como en el caso de los mamelones perforados– para guardar o exponer los recipientes colgados de la pared o el techo. Respecto a los tratamientos superficiales, engobes, aguadas y almagras, muy abundantes hasta comienzos de la Edad del Bronce y durante la Primera Edad del Hierro respectivamente, se relacionarían en general con la impermeabilización de contenedores de líquidos, mientras que los escobillados, característicos del Hierro Antiguo, y los tratamientos toscos aumentarían la adherencia en la manipulación de grandes vasijas de almacén o cocina. Por último, la presencia del grafitado, documentada a finales del Hierro Antiguo probablemente en relación con la proximidad geográfica de sus afloramientos y los de hierro, tampoco puede atribuirse a sus cualidades como impermeabilizador o refractante sino que debería ser considerado más bien como parte de la ornamentación vascular.

En efecto, consideración distinta merece la decoración cerámica, que quizá tuvo más valor que el meramente estético (fig. 5). Con frecuencia unida a superficies bien cuidadas, permitiría distinguir la vajilla fina de otro tipo de vasijas, vajilla que bien pudo en algunos casos tener un valor ceremonial asequible sólo a unos pocos. Asimismo pudo reflejar o relacionarse, dentro de contextos de conflictividad social, con vínculos familiares y con otro tipo de posesiones como determinadas vestimentas igualmente expresivas del parentesco y/o del lugar de procedencia, cabezas de ganado numerosas, grandes extensiones de pastos y campos de cultivo o abundante mano de obra. Por otra parte, el correlato entre los repertorios decorativos cerámicos y textiles es bastante probable si nos atenemos a la evidente similitud de determinados motivos en barro y en tela: el boquique con las gruesas puntadas de un bordado, la línea significativamente denominada “cosida”, la excisión con el calado, la pintura con el teñido, las bandas decorativas con los orillos, etc.

Por todo ello quizá la posesión de recipientes decorados –especialmente aquellos mejor elaborados o con ornatos poco funcionales como la pintura en ambas superficies del vaso, el grafitado, etc.– no estuvo o no debía estar al alcance de todos los individuos o segmentos del grupo y tenía, por tanto, un valor prestigioso. Cabría interpretar en este sentido tipos

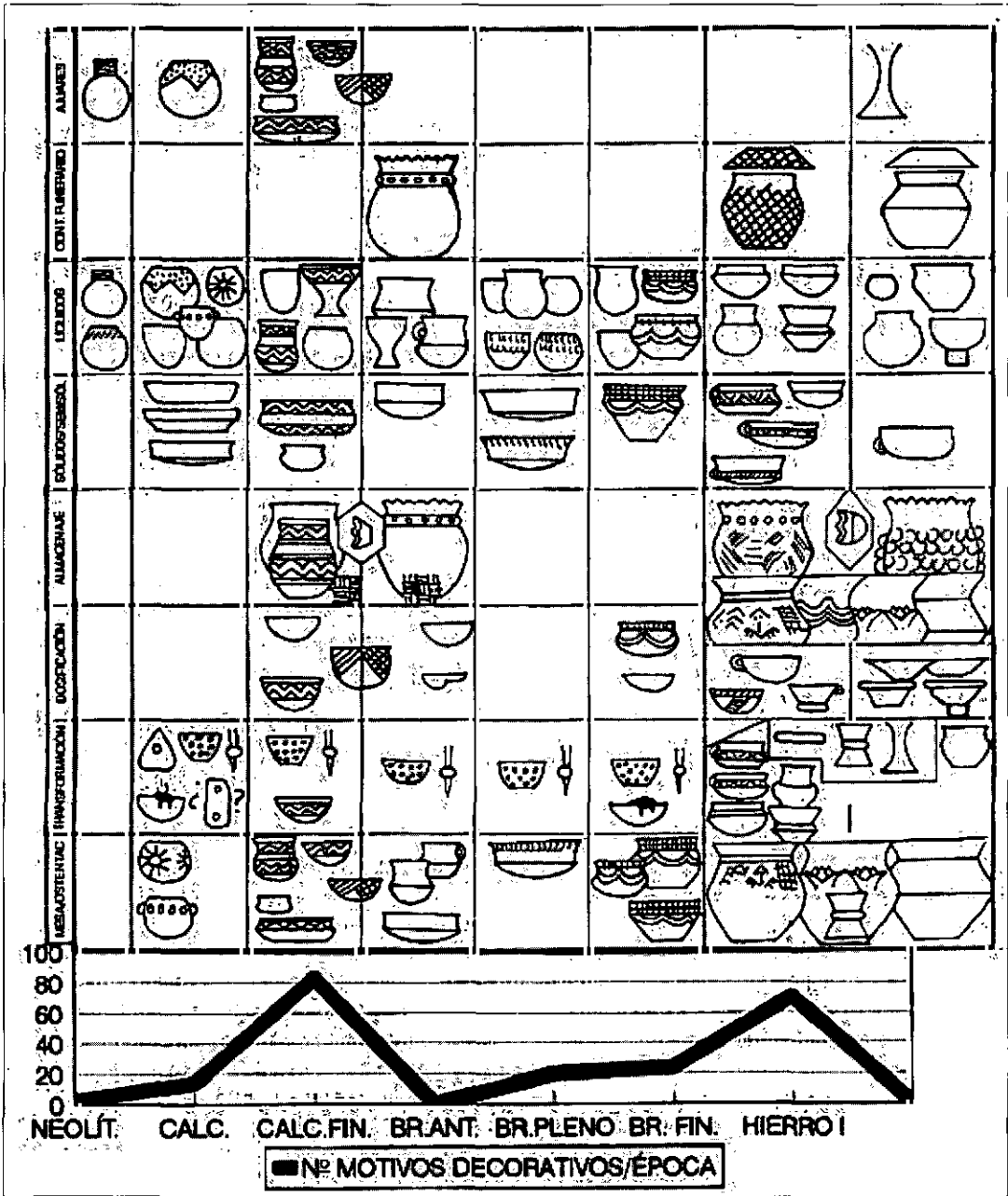


Fig. 5.- Cambios en formas, funciones y decoraciones cerámicas a lo largo de la secuencia de estudio.

específicos de vajilla como la campaniforme –relacionada posiblemente con rituales de bebida (Sherratt 1987)– y los cuencos tipo Dornajos, y quizá también los conjuntos vasculares decorados de Protocogotas (Harrison 1995) y Cogotas I –quizá vinculadas a celebraciones de banquete– e incluso de la Primera Edad del Hierro –algunos de cuyos ejemplares son únicos o están vinculados a lejanas fuentes de aprovisionamiento o contextos relevantes de otras áreas peninsulares<sup>6</sup>–.

Frente al significado de las decoraciones cerámicas, particularmente en procesos de pugna por la

legitimación social y política, sin embargo, la ausencia de ornato en barros de otros momentos podría interpretarse, entre otras posibilidades, como un intento de homogeneización y ocultación de diferencias sociales ya bien establecidas y legitimadas (Díaz-Andreu 1994), según argumentaremos en páginas siguientes. De todo ello podrían dar indicio determinados ciclos de *crescendo* decorativo en que los momentos iniciales presentan cerámicas con decoraciones simples, sobrias y poco abigarradas –como los recipientes calcolíticos o Protocogotas–, que van dando paso a motivos ornamentales cada vez más barrocos



–campaniforme y Dornajos en el primer caso y Cogotas I y vajilla de comienzos del Hierro Antiguo en el segundo<sup>7</sup>–, para terminar en conjuntos vasculares lisos –cerámicas de comienzos de la Edad del Bronce y de fines del Hierro Antiguo– (fig. 5).

Por lo que respecta a la diferenciación entre recipientes cerámicos para uso colectivo e individual, parece destacarse a comienzos de la Edad del Bronce y cobrar una relevancia inusitada con la llegada de la Edad del Hierro. Así, serían vasijas personales quizá las queseras de barro –que aparecen con la Edad del Cobre–, las que componen el repertorio campaniforme –equipo excepcional para bebida y comida–, los cuencos hemisféricos o de casquete para dosificar o servir raciones individuales –que alcanzan su esplendor desde finales del Calcolítico–, los cuencos tipo Dornajos, algunas fuentes y escudillas de toda la Edad del Bronce, y, sobre todo, cuencos y cazuelitas lisas y decoradas de la Primera Edad del Hierro. Que ello se relacione con una importancia creciente del individuo frente a o dentro del grupo y, quizá, con el surgimiento de nuevos conceptos como el de propiedad privada parece bastante lógico; sobre todo si atendemos a la significativa y constante ligazón a decoraciones supuestamente prestigiosas en los casos campaniforme y del Hierro Antiguo. En todo caso, parece evidente que durante los siglos VIII y VII a.C. el repertorio cerámico –y, en general, todo el acerbo material– alcanza una variedad formal y decorativa inusitada (fig. 5), probable trasunto de una mayor variedad dietética y culinaria, un mayor número y diversificación de actividades “artesanales”, y una mayor complejidad y diferenciación de los mensajes económicos y sociales que en su ornamentación se expresarían.

Aunque reflexionaremos sobre ello en páginas siguientes, no podemos dejar de mencionar aquí el papel de la cerámica en el mundo funerario: formando parte de ajuares prestigiosos en el caso de los recipientes campaniformes y quizá las cerámicas pintadas bícromas y otras especies de la Primera Edad del Hierro; y como contenedores de los restos del difunto ya sean inhumaciones, en el caso de los grandes vasos con cordones de comienzos de la Edad del Bronce (ver *infra*), ya incineraciones, en el caso de las urnas biconicas cerradas con cuencos o tapaderas de la Primera Edad del Hierro de La Torrecilla (Cerdeño y otros 1980), El Mazacote (González Simancas 1934) y El Quinto (Muñoz 1998) (figs. 5 y 7).

Debieron de existir asimismo otros recipientes no cerámicos que no se han conservado por estar confeccionados en materias orgánicas como vísceras, cuero y piel de animales, madera, fibras vegetales, etc. (Gast y otros 1969), aunque cuerdas y otras labores de cestería han dejado improntas particularmente numerosas en el Bronce Antiguo. Otros elementos de barro que sí han llegado hasta nosotros como “mori-

llos”, crecientes y “pesas de telar” –siempre de yacimientos calcolíticos– no tuvieron en el caso de las “pesas” y, en menor medida, de los “morillos” la utilidad que le atribuyen sus nombres<sup>8</sup>; en cambio, las fusayolas –que comparcen a partir de la Edad del Cobre– parecen corresponder con las piezas que se disponen en la base del huso durante el hilado (Barber 1992: 74; Wild 1988: 25-9 y figs. 16 y 28).

Finalmente, también las piezas fabricadas en piedra arrojan luz sobre aspectos económicos. Así, los microlitos y las puntas de flecha de sílex, presentes en yacimientos del Neolítico Final/Calcolítico Antiguo y del final del Neolítico a comienzos de la Edad del Bronce (Vallespí y otros 1987, 1990) respectivamente, habrían sido utilizados en actividades cinegéticas vinculadas mayoritariamente a puntuales abrevaderos naturales como los manantiales de los bordes de la Mesa de Ocaña. Los dientes de hoz, que hacen su aparición a comienzos de la Edad del Bronce y vuelven a tener notable esplendor durante la Primera Edad del Hierro (Muñoz 1993: figs. 4 y 7), se vincularían con la siega de herbáceas y, sobre todo, cereales. Los molinos barquiformes de granito, presentes a lo largo de la secuencia, pudieron haberse utilizado en la molturación de bellotas, cereales y otros vegetales e incluso de sustancias colorantes. Las hachas, presentes asimismo en todas las épocas pero particularmente abundantes hasta comienzos de la Edad del Bronce, se relacionarían con la tala y clareo del bosque y quizá con la realización de determinadas tareas agrícolas, mientras que las azuelas y cinceles pudieron utilizarse en el trabajo de la madera. Finalmente, los “ídolos de violín” pudieron haber sido botones u otros ornamentos de la vestimenta más que elementos rituales.

### 3.2. Mejoras agrícolas y tecnológicas

No resulta fácil rastrear en el registro arqueológico la aparición de determinadas mejoras tecnológicas por más que suelen conllevar hondas repercusiones económicas. Una de las novedades que primero y más claramente podrían detectarse en el área de estudio es el almacenaje de productos vegetales, tan importante para sobrellevar el ciclo económico anual (fig. 6), reconocible al menos a partir del Calcolítico por la presencia de hoyos excavados en el suelo, sin ignorar que verosíblemente existieron otras formas de almacenaje de difícil conservación elaboradas con materias orgánicas (fig. 7).

Estos hoyos se utilizarían para guardar frutos y semillas como bellotas y cereales para simiente (Bruneton-Governatori 1979; Louis 1979), mientras que el agua y, sobre todo, los cereales/harina de consumo diario parece que se guardaban en grandes vasijas (Bromberger 1979: f.1), particular y significativamente abundantes durante el Bronce Antiguo y la Pri-

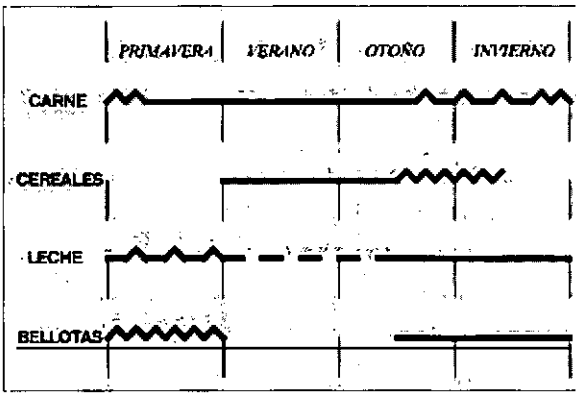


Fig. 6.- Posible ciclo económico anual de las poblaciones prehistóricas del área de estudio: — Producción; - - Descenso de producción;  $\Delta$  Almacenaje;  $\Delta$  Combinación de almacenaje y descenso de producción.

mera Edad del Hierro (fig. 5). Sin embargo, desaparecen casi totalmente los silos subterráneos desde comienzos del Hierro Antiguo, bien porque el importante retroceso del encinar hubiera hecho descender el volumen de uno de los principales productos que en ellos se guardaran —las bellotas— bien porque fueran sustituidos por otros aéreos, quizá ya conocidos con anterioridad y mucho más difíciles de detectar arqueológicamente (fig. 7). La relevancia del almacenaje estriba en que no sólo permite alargar el período de consumo de determinados alimentos y, en consecuencia, afrontar períodos de escasez sino también acumular dichas reservas en determinadas manos (Díaz-Andreu 1994).

En cuanto a la carne no contamos con evidencias que permitan hablar de su conservación a largo plazo en hoyos subterráneos (Val 1992: 50), por más que hayan aparecido algunas piezas en tal ubicación desde el Calcolítico al Bronce Final<sup>9</sup>, sino que aquélla debió de llevarse a cabo mayoritariamente mediante ahumado y, en mucha menor medida debido a las grandes cantidades de sal necesarias, mediante salazón.

La fabricación de derivados lácteos, una innovación que asimismo permite alargar la conservación de la leche, podría situarse al menos a partir de la Edad del Cobre ateniéndonos a la presencia de queseras superpuesta a una composición mayoritariamente adulta de la cabaña ovina y/o bovina bien documentada en yacimientos como Huerta de los Cabrerros en el área de estudio (Liesau 1996) y otros puntos de la Meseta como El Capricho (Morales y Liesau 1994: 243 y tabla 2), Las Pozas (Morales 1992), El Ventorro (Morales y Villegas 1994; Morales y Liesau 1994), el cerro del Bu (Álvaro y Pereira 1990: 209) y Peralas del Río (Aguilar y otros 1991: 180) (fig. 5). Sin embargo, las queseras de barro, que siempre son de tamaño muy reducido porque quizá fueron de uso individual, desaparecen del registro arqueológico a

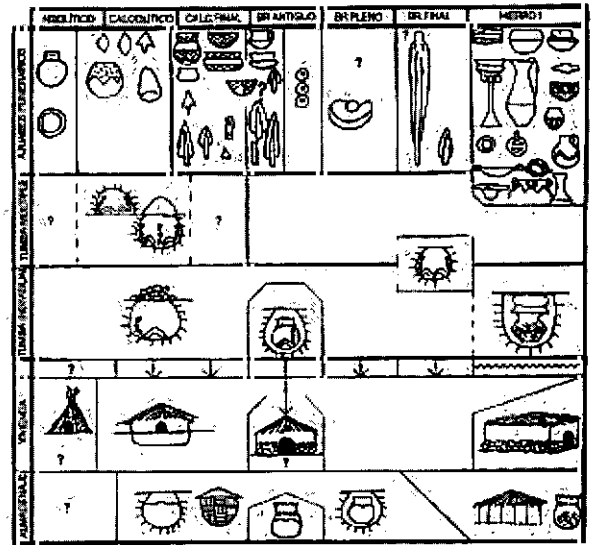


Fig. 7.- El ámbito doméstico y funerario a lo largo de la secuencia de estudio.

partir de la Primera Edad del Hierro, quizá sustituidos por telas y coladores de cestería (Gast y otros 1969: fig. 6) (fig. 5).

Por lo que respecta a esta última, las primeras evidencias localizadas en el área de estudio y en la cuenca media del Tajo se sitúan en el Calcolítico y se conocen al menos hasta la Primera Edad del Hierro, siendo significativamente su momento de apogeo las postrimerías de la Edad del Cobre y los inicios de la Edad del Bronce (fig. 5). Con fibras vegetales —verosímilmente esparto, muy abundante en el Tajo central— se elaboraron entramados circulares para proteger el suelo de algunos silos subterráneos o quizá cabañas (Asquerino 1979), cestas y canastos (Alfaro 1984) —probablemente utilizados en la recolección y almacenaje de frutos y semillas—, coladores y pleitas para la fabricación de quesos (Gast y otros 1969: fig. 6) y cuerdas.

Mucho más difícil resulta establecer la aparición de los primeros tejidos, de los que sólo contamos con evidencias indirectas como la presencia de fusayolas —desde el Calcolítico— y las concomitancias textiles de algunas decoraciones cerámicas como las campaniformes, Protocogotas, Cogotas I y de la Primera Edad del Hierro (fig. 5). No obstante, parece que sólo puede hablarse con cierta seguridad de ovejas laneras y, por tanto, de tejidos de lana desde fines de la Edad del Bronce, quizá precedidos por fieltros confeccionados a partir de vellones sueltos, mientras que con anterioridad e incluso después los tejidos documentados en otras áreas peninsulares son mayoritariamente de lino (Ryder 1983; Alfaro 1984; Barber 1992; Cardito 1996). Sin embargo, no se conocen evidencias de su cultivo en la región (Alfaro 1984), lo que podría significar, si es que realmente no existió, que dicha materia prima o las telas con ella fabricadas

habían de traerse de otras regiones –concretamente de la orla litoral peninsular– y, en consecuencia, que verosímelmente determinados tejidos o vestimentas no estaban al alcance de todos. El que las manufacturas de lana comenzaran a fabricarse o tuvieran esplendor en el Bronce Final contribuiría a explicar la relevancia que la posesión de grandes rebaños parece tener en esos momentos, ya que no sólo producirían la carne consumida en grandes banquetes ceremoniales sino que también proporcionarían la materia prima para elaborar vestimentas que sólo unos pocos podían lucir (fig. 12). La existencia de diseños textiles implicaría asimismo la de tintes, de los que tampoco hay evidencias –acaso porque no se han buscado–, pero que quizá implicaron en algunos casos la necesidad de intercambios mediante los que proveerse; no así de sal, necesaria para la fijación de aquéllos y muy abundante en el área de estudio.

Por lo que respecta a la tecnología agrícola, no sabemos si atribuir o relacionar la introducción de algún tipo de arado simple y ligero (Martí 1983) en el área de estudio a comienzos de la Edad del Bronce con el creciente peso de la agricultura que parece desprenderse del notable aumento de pólenes de ruderales –explicable en gran parte por actividades relacionadas con la remoción frecuente del suelo como el cultivo– y, en particular, de *Chenopodiaceae* (fig. 3: 2), que no sólo son plantas comestibles sino también malas hierbas particularmente asociadas a los cultivos (J.P. del Monte y C. Roquero com. pers.) (fig. 10). En todo caso, el arado parece adoptarse definitivamente a comienzos del Hierro Antiguo, cuando es posible que pudieran introducirse otras mejoras agrícolas como el esterco y la rotación de cereales y leguminosas (Ruiz-Gálvez 1992, 1998). Estas limitan notablemente el agotamiento de los suelos y se encontrarían, al menos en parte, en la raíz de otras novedades como la sedentarización y la parcelación, bien documentadas por las mismas fechas. Por más que se conozcan restos de caballo y se hayan sugerido deformaciones por tiro en algunos restos óseos de bóvido con anterioridad a la Primera Edad del Hierro (Blasco y Barrio 1986: 125), lo cierto es que carecemos de evidencias de monta y tracción animal previos: es en dicho momento cuando en el área de estudio se documentan los primeros restos de caballo –en Puente Largo de Jarama 1 (Liesau 1996)– y el primer elemento de carro –un pasariendas de Soto del Hinojar (Jiménez Ávila y Muñoz e.p.).

Por lo que respecta a la metalurgia, no tenemos evidencias de ella en el área de estudio, aunque sí se han recuperado piezas metálicas a partir de finales del Calcolítico. Se trata de sierras, puntas Palmela, puñales de lengüeta, alabardas y punta de flecha verosímelmente fabricadas en cobre (Rovira Llorens y otros 1997), metal que sigue trabajándose para piezas

no utilitarias al menos hasta la Primera Edad del Hierro si nos atenemos a los análisis metalográficos de la posible cazuela o timiaterio y la placa con remache (¿brasero?) de Camino de los Pucheros (I. Montero com. pers.). La introducción del bronce parece producirse a partir de mediados de la Edad que lleva su nombre (Valiente 1992: 190; Rovira Llorens y Montero 1994: 152; Blasco 1994: 157) y está presente ya en otras piezas del Hierro Antiguo como el colgante y la varilla de Camino de las Cárcavas (I. Montero com. pers.), sin que podamos afirmar nada por lo que respecta a piezas contemporáneas no analizadas como el citado pasariendas, la anilla de El Quinto y la supuesta cazuelita o timiaterio de Puente Largo de Jarama 1. Aunque el hierro aparece ya como ajuar de la tumba del siglo VIII a.C. de El Carpio de Tajo (Pereira y Álvaro 1990), lo cierto es que la primera pieza de este metal conocida en el área de estudio se fecha tres centurias después (Jiménez Ávila y Muñoz e.p.).

Estos tres grandes ciclos metálicos que acaban superponiéndose conllevan, al menos en el caso del hierro, una mejora tecnológica destinada a conseguir mayor dureza y resistencia, y, por tanto, mayor eficacia y rentabilidad tanto en útiles como en armas; el bronce, por su parte, sólo presenta la ventaja respecto al cobre de que su fundición es más fácil pues requiere una temperatura más baja. El que el volumen de piezas conservadas aumente notablemente al final de la secuencia de estudio –salvo la acumulación excepcional de La Paloma en el Bronce Antiguo– proporciona buena idea sobre el proceso de generalización del metal en la economía de estos grupos. Igual explicación podría tener el paulatino empobrecimiento y escasez de la industria en piedra tallada y pulimentada a la que el metal acaba por sustituir casi en su totalidad precisamente por sus ventajas en eficacia y rentabilidad. En este último sentido resulta especialmente significativo la coincidencia de la inexistencia de hoces metálicas y la pervivencia de los dientes de hoz como casi exclusivo tipo lítico.

Por otra parte, apenas se han conservado útiles en metal de uso cotidiano, correspondiendo verosímelmente la mayoría del repertorio recuperado a ajuares funerarios: piezas de Ciempozuelos (Riaño y otros 1894), Entretérminos (Losada 1976), Miguel Ruiz (Loriana 1942), El Quinto (Muñoz e.p.a), Camino Pucheros (Muñoz 1993), Puente Largo (Muñoz y Ortega 1997) y, más dudosamente, La Paloma (Muñoz e.p.b) y Soto del Hinojar (Jiménez Ávila y Muñoz e.p.) (fig. 7). Ello no puede interpretarse como una escasa incorporación del metal a las tareas cotidianas sino a su papel predominante como elemento de estatus que acompaña a los muertos. Creemos, en efecto, que el metal es particularmente valioso en una zona que carece de él y que por ello los útiles más simples que se fabrican con él suelen refundirse y

reutilizarse constantemente para su uso diario. Eso mismo explicaría que determinadas piezas de metal, frecuentemente de fabricación extralocal, tengan unas connotaciones prestigiosas y pasen a incorporarse a los ajueres, quizá incluso antes que o en vez de a la vida cotidiana. Daría indicio de esto último la escasa utilidad letal de muchas armas de cobre y, sobre todo, bronce –la diferencia entre armas y objetos de ostentación no siempre está, además, clara– por no hablar de la presencia del hierro como símbolo de riqueza y poder en la tumba de El Carpio (Pereira y Álvaro 1990) y el tesoro de Villena (Soler 1965).

Finalmente, de la adopción de la rueda –una innovación fundamental para el transporte de grandes volúmenes de carga– tenemos como evidencia más antigua el pasariendas de Soto del Hinojar, inspirado en modelos orientalizantes como debía de suceder con el propio vehículo (Fernández-Miranda y Olmos 1986; Jiménez Ávila y Muñoz e.p.). Por lo que respecta al torno, una de las importantes secuelas de la invención de la rueda, que revolucionó la fabricación de la cerámica, los primeros barro confeccionados con esta técnica –probablemente de procedencia extralocal en un primer momento (Ruiz Zapatero y Llorio 1995: 233; Muñoz y Ortega 1996: 38)– podrían situarse al menos a principios del siglo V a.C. (Almagro Gorbea 1969; Almagro y Ruiz Zapatero 1992a: 490 ss.; Cerdeño y García 1995: 269).

### 3.3. El hábitat

Las viviendas conocidas en el área de estudio y otros puntos de la cuenca media del Tajo a lo largo de la secuencia apenas presentan variaciones hasta la Primera Edad del Hierro, caracterizándose en general por la escasa solidez y la consiguiente mala conservación (fig. 7). En efecto, pese a que casi nada sabemos de las estructuras de habitación neolíticas del centro de la cuenca, parece lógico pensar que este mal conocimiento tenga mucho que ver con su endeblez: no se trataba ya de cavidades –que, por otra parte, no existen realmente en la zona– sino quizá de simples chozos o incluso cabañas similares a las documentadas inmediatamente después, aunque eso sí, con una aparente menor proliferación de hoyos subterráneos destinados a almacén.

Las viviendas desde el Calcolítico al Bronce Final corresponden, por su parte, a cabañas circulares u ovals, a veces semiexcavadas en el suelo y sin compartimentaciones interiores, cuyas paredes estarían hechas con entramado vegetal manteado de barro, entramado que asimismo compondría las cubiertas verosímilmente cónicas de las mismas. Sin embargo, casi nada suele conservarse de estas estructuras aéreas salvo los agujeros de poste que contribuían a su sustentación, algunas improntas de paredes, hoga-

res, hoyos y encachados de guijarros de los suelos. Las dimensiones de estas cabañas son muy variables. Así, pese a que lo más frecuente es que no superen los 4 m. de longitud (Priego y Quero 1992: 68 y fig. 23; Blasco y Recuero 1994: 36-8 y 53), existen, sin embargo, algunas en la región que superan esta magnitud como la nº 013 de El Ventorro (Priego y Quero 1992: 104-5, 370 y figs. 41 y 42), y la del cerro del Bu (E. de Álvaro y J. Pereira com. pers.), del Calcolítico Final y del Bronce Antiguo, y las del Bronce Final de Perales del Río (Blasco 1993: 149) y La Dehesa (Silva y Macarro 1996: 138-9). Más extrañas por demasiado modernas parecen las viviendas rectangulares con techumbre plana y compartimentos internos superpuestas a hoyos, documentadas en Arenero de Soto II y asignadas por Pernia y Leira (1992) a la transición Bronce Final-Primera Edad del Hierro.

No sabemos si estructuras como hogares y silos excavados en el suelo se situaban al interior o al exterior de las cabañas o indistintamente en cualquiera de las dos ubicaciones, aunque resulta verosímil la existencia de zonas destinadas a almacenaje, presumiblemente techadas (Reynolds 1979: 75), situadas a las afueras de los poblados (Díaz-del-Río e.p.). En todo caso, parece que los hoyos, donde probablemente se guardaban bellotas y cereal para simiente (Sigaut 1979: 33-4), solían, particularmente en el segundo caso y con objeto de facilitar la conservación, tener forma de saco, estar impermeabilizados e ir sellados herméticamente (Bellido 1996; Buxó 1997) (fig. 7): en nuestras excavaciones de Cantera de «La Flamenca», donde los supuestos silos tienen una medida estándar en torno a 1 m<sup>3</sup> se han documentado improntas de un entramado de palos de madera que soportaría la tapa –quizá de barro con desgrasante vegetal– de uno de ellos, cubierta de la que asimismo parecen haberse conservado restos en Pedazo del Muerto (López Covacho y otros 1996: 213). Acaso hubo también estructuras comunales de almacenaje bien conocidas en otros ámbitos europeos contemporáneos (Cunliffe 1993: 67) como la documentada en La Dehesa, donde en un amplio espacio central se disponía una cubeta de casi 3 m. de profundidad jalonada por varios agujeros de poste (Silva y Macarro 1996: 139 y 141) (fig. 7).

En todo caso, parece que las estructuras domésticas documentadas hasta la Primera Edad del Hierro son endeble y efímeras, acordes con poblados concebidos como temporales –quizá sólo en momentos neolíticos podría hablarse de poblaciones nómadas o seminómadas–. En efecto, se trata de asentamientos abiertos, carentes de urbanismo y aparentemente constituídos por agregación, que se habitarían durante un tiempo relativamente prolongado –seguramente plurianual– mientras los suelos mantuvieran su rendimiento y los pastos no sufrieran grandes agostamientos por la sequía, tras lo cual se abandonarían,

pasando a otra ubicación hasta que volvieran a ser reocupados en condiciones nuevamente favorables<sup>10</sup>.

Ello explica la superposición de estructuras y materiales de distintos momentos usual en ellos, que dificulta aún más el conocimiento de su disposición interna. Sin embargo, parece que estos poblados contaban con grandes espacios abiertos entre las cabañas, frecuentemente centrales –bien documentados en La Dehesa (Silva y Macarro 1996: 139 y 141) y Perales del Río (Blasco 1993: 148)–, quizá destinados a la realización de actividades comunales o ceremonias colectivas y/o a servir como encerraderos de ganado (figs. 7 y 10). La muy diferente concentración de determinados materiales en puntos concretos de los hábitats revelaría asimismo la probable existencia de áreas de actividad diferenciadas: así sucede con la industria lítica, que suele recuperarse en zonas marginales de los mismos, verosímilmente destinadas a la talla.

Estas diferencias aparentemente funcionales parecen observarse asimismo entre distintos establecimientos: hay yacimientos exclusivamente líticos, donde parece que se realizó aprovisionamiento y/o talla de sílex; otros donde se concentran indicadores de la realización de determinadas actividades, como las cinegéticas –manifiestas por la recuperación masiva de puntas de flecha– o las de aprovechamiento de la sal –indicadas quizá por la presencia de morillos y el predominio aplastante de restos cerámicos, o la inexistencia de otros recursos en las proximidades–; y otros cuyo tamaño y ubicación sólo se explica por cuestiones específicas de vigilancia y control (ver *infra*).

Si bien es cierto que muchas de estas áreas de aprovechamiento y actividad proporcionan materiales que no siempre son diagnósticos, parece, sin embargo, que desaparecen al finalizar la Edad del Bronce, verosímilmente en relación con el espectacular cambio que a nivel habitacional se produce en el Hierro Antiguo. Asimismo se observan desde inicios del Calcolítico hasta el final de la secuencia diferencias en el tamaño de yacimientos supuestamente contemporáneos y en la naturaleza de los materiales recuperados en los mismos que permitirían pensar en la existencia de una cierta jerarquización del hábitat (fig. 8).

En el panorama relativamente uniforme de poblamiento temporal que impera en la zona hasta el Bronce Final quizá pudo existir, sin embargo, un cierto conato de sedentarización a comienzos de la Edad del Bronce. Proponemos dicha hipótesis basándonos en la existencia de muros de viviendas o fortificaciones en el poblado de Reina 1 o cerro de la Mora (Muñoz 1993: figs. 4 y 5), uno de los más importantes del área de estudio en esos momentos (fig. 7). Este indicio vendría corroborado por datos de áreas próximas como el alfoz toledano, donde tanto las cabañas de zócalos de piedra como la composición de la microfau-na del cerro del Bu indican que se trataba de un po-

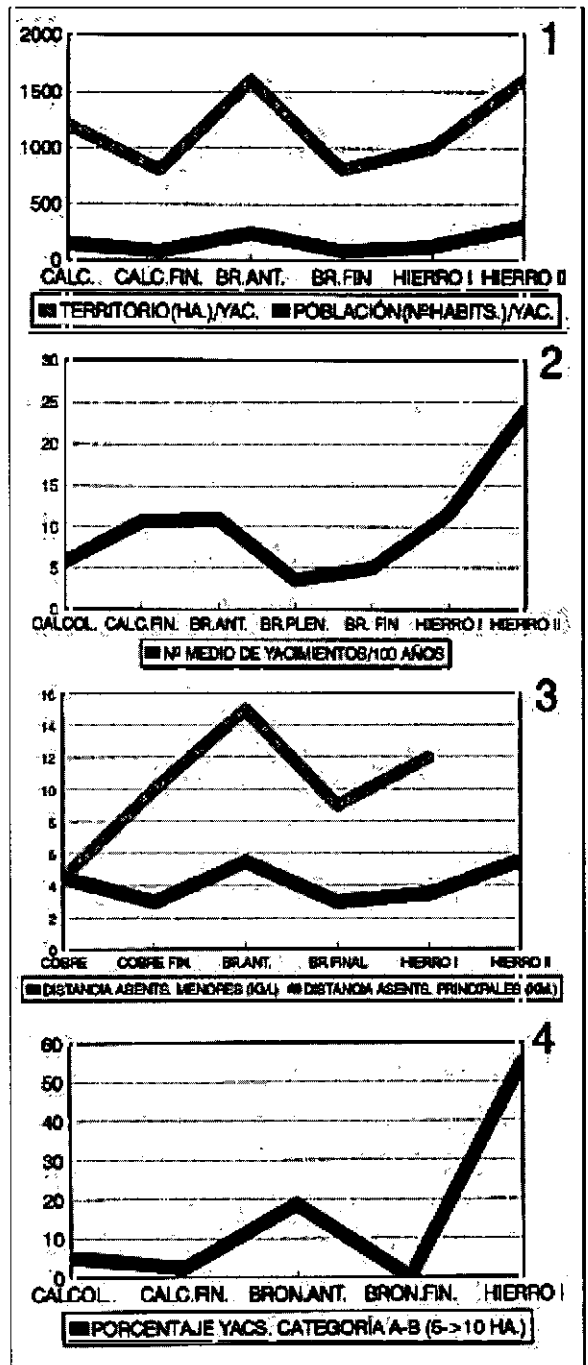


Fig. 8.- Los dos grandes ciclos poblacionales y económicos documentados en el área de estudio en cifras hipotéticas: 1-Posible territorio (en número de hectáreas) y población (en número de habitantes) correspondientes a cada yacimiento. 2-Número aproximado de yacimientos por cada 100 años a lo largo de la secuencia de estudio. 3-Distancias (en kilómetros) que separan los asentamientos principales entre sí y los asentamientos menores entre sí. 4- Porcentaje de yacimientos pertenecientes a las categorías A y B, es decir, de más de 5 ha. de extensión.

blado permanente (Álvaro y Pereira 1990: 207), y el valle medio del Algodor, donde se ha localizado una red de establecimientos fortificados (García, Garrido

y Muñoz en prep.). El que dicho proceso se viera roto quizá pueda relacionarse con la inexistencia del respaldo tecnológico necesario para afrontar el agotamiento de los suelos que toda sedentarización de volúmenes importantes de población conlleva, unida además a un posible cambio en las condiciones climatológicas y a la ruptura generalizada de todo el sistema en amplias zonas de la Península Ibérica.

A partir de la primera Edad del Hierro comienzan a construirse viviendas –ya no semiexcavadas– de mayores dimensiones y solidez, como las de Puente Largo de Jarama I (Muñoz y Ortega 1997) y quizá La Capellana (Blasco y otros 1993) (fig. 7). En el primer caso –quizá relacionado con el control de un vado importantísimo junto al puente y al río que le dan nombre–, el edificio presentaba planta cuadrangular y esquinas redondeadas, zócalo de piedra, alzado de adobes sobre alma de maderos, enlucido exterior de yeso, y suelo y hogar de arcilla apisonada y quemada sobre guijarros, con ciertas concomitancias en el mundo orientalizable del mediodía peninsular que elementos materiales como la vasija decorada con lotos incisos, el soporte de carrete y la posible cazuelita o timiaterio procedentes del mismo sitio corroboran.

Sin embargo, no desaparecen totalmente cabañas que debieron de ser muy similares a las de etapas anteriores, aunque significativamente se han conservado en mayor número y son más fácilmente reconocibles que las previas: así, las del Sector III de Getafe (Blasco y Barrio 1986), cerro de San Antonio (Blasco, Lucas y Alonso 1991) y Los Pinos (Muñoz y Ortega 1996). Tampoco faltan construcciones con características intermedias entre ambos grupos como la gran cabaña oval, semiexcavada y compartimentada de Ecce Homo (Almagro y Dávila 1988). Simultáneamente, se observa la desaparición de los campos de hoyos excavados en el suelo, omnipresentes en momentos anteriores, que quizá fueron parcialmente sustituidos al término de la Edad del Bronce por almacenes o graneros aéreos (fig. 7).

En todo caso y pese al variopinto repertorio habitacional, propio de un momento de tránsito, y a las posibles influencias externas, resulta evidente el aumento de la solidez de las estructuras de habitación de la región en el Hierro Antiguo, claramente relacionado con la mayor estabilidad de los hábitats y, en última instancia, con la sedentarización (fig. 7). Evidencias en el mismo sentido serían hechos como que el enlucido y el suelo de la casa de Puente Largo fueran reacondicionados y los altos porcentajes de *Malvaceae* y *Urticaceae* documentados en el yacimiento (Mariscal 1996) (fig. 3: 2), ruderales que revelan una elevada antropización del medio y el carácter permanente del hábitat (J.P. del Monte com. pers.).

Sin embargo y pese a su carácter notablemente más estable, los poblados abiertos del Hierro

Antiguo aún carecen de concepción urbanística, esto es, predomina todavía en ellos la agregación sobre la planificación (fig. 10) además de que en su seno conviven diferentes conceptos de vivienda desde cabañas a casas propiamente dichas (Cribb 1991: fig. 7). La definitiva conquista de la sedentarización durante el Hierro Antiguo estaría ligada a la confluencia de un notable crecimiento demográfico –y, en consecuencia, graves restricciones en la movilidad de los grupos– y el verosímil conocimiento de nuevas tecnologías agrícolas –estercoleo, rotación de leguminosas y cereales, etc.– que permitirían combatir el agotamiento de los suelos que tales volúmenes de población originarían y, por tanto, explotarlos continuamente sin tener que recurrir al traslado –ahora ya muy difícil– a terrenos aún no explotados o ya recuperados<sup>11</sup>. La sedentarización conlleva, así, la ruptura de ciclos ancestrales de movilidad a través del paisaje, y la posibilidad de que cambien o se desarrollen más profundamente circunstancias como la territorialidad, la parcelación (fig. 10) –con las connotaciones que ello tiene para conceptos como el de propiedad privada, mal documentados con anterioridad (Gilman 1997)– y la delimitación de necrópolis asociadas a los poblados (fig. 7).

## 4. LA ORGANIZACIÓN SOCIAL

### 4.1. Intereses estratégicos y defensivos

El único momento de la secuencia de estudio en que podría hablarse de que quizá algún asentamiento estuvo fortificado sea a comienzos de la Edad del Bronce. En efecto, en la sección de una trinchera del poblado de Reina I o cerro de la Mora pudimos observar la existencia de muros de piedra asociados a niveles de ceniza y cerámicas a mano quizá correspondientes a casas o murallas, encontrándose los establecimientos fortificados contemporáneos más próximos de los que tenemos constancia a tan sólo unos 10 km. del límite meridional del área de estudio, en el valle medio del Algodor (García, Garrido y Muñoz en prep.). Sin embargo, no creemos que puedan considerarse como estructuras estrictamente defensivas las zanjas que se han documentado en asentamientos calcolíticos del Tajo central (Díaz-Andreu y otros 1992; Méndez 1994) y otras regiones (Val 1992; Martín de la Cruz 1986), y que corresponderían más bien a empalizadas para delimitar el poblado o impedir el ataque de las alimañas (fig. 10).

Mucho más frecuente parece a lo largo de la secuencia, sin embargo, la existencia de intereses estratégicos y de control: no nos referimos tanto a la proximidad espacial de determinados grandes asentamientos a concentraciones de recursos concretos, co-

mo cuanto a la posición marcadamente preminente de algunos establecimientos sobre dichos recursos y sobre determinadas vías o nudos de comunicación. Esta circunstancia, que podría vislumbrarse quizá ya desde las postrimerías del Neolítico hasta finales del Hierro Antiguo, es mucho más notoria a comienzos de la Edad del Bronce. En efecto, en esta última etapa se observa una clara tendencia a la ocupación novedosa y preferente de posiciones muy destacadas en el paisaje como cerros-isla y muelas con fuertes pendientes y un extraordinario dominio visual sobre el entorno (ver también Álvaro y Pereira 1990; Almagro y Benito 1993; Carobles y otros 1994; Ruiz Taboada 1998), muchos de los cuales podrían corresponder por su pequeño tamaño a posibles puntos de vigía o atalayas dependientes de otros asentamientos mayores; todo ello aún a costa a veces de dificultar el acceso a los recursos próximos.

#### 4.2. Dos grandes ciclos poblacionales y económicos

La plasmación de los cambios observables en diversos aspectos relativos a los establecimientos humanos a lo largo de la secuencia (figs. 8 y 9) parece indicar que existieron en el ámbito de estudio dos grandes ciclos poblacionales y económicos, que a su vez pudieron presentar sus propias pulsiones o modulaciones<sup>12</sup>. Dos de las magnitudes que sustentan dicha afirmación son el territorio y la población posibles para cada asentamiento (fig. 8: 1). Como supuesta superficie explotada media se ha interpretado aquella que conceden a los poblados de la misma cronología, sean estrictamente contemporáneos o fruto del traslado de la población a nuevos tramos de valle aún sin explotar o ya regenerados, las distancias que los separan; distancias que no sólo son relativamente regulares para cada época sino que también parecen variar regularmente a lo largo del tiempo (Muñoz en prep.). A partir de la productividad potencial de los distintos tipos de suelo de dicho territorio para los usos económicos que indican los análisis paleofaunísticos y paleobotánicos, la tipología vascular y lítica y la tecnología productiva imperante en cada momento, se han realizado cálculos demográficos aproximativos a título puramente comparativo (Muñoz en prep.). Resultan asimismo sumamente significativas otras magnitudes como: las distancias que separan entre sí los asentamientos principales –es decir, aquellos de mayor tamaño, próximos a los principales recursos, que han proporcionado concentraciones más elevadas de determinados materiales como cerámicas decoradas y/o de almacenaje, elementos metálicos, etc.– y los asentamientos menores –aquellos que carecen de los rasgos citados– (fig. 8: 3); el porcentaje de yacimientos de mayor extensión, es decir, de más de 5 Ha. (los

que hemos llamado de categoría A-B frente a los de categoría C-D o de menos de 5 Ha. de extensión) (fig. 8: 4); e incluso el número medio de establecimientos que pudieron ocuparse cada siglo (fig. 8: 2).

El primer ciclo identificado se extendería desde comienzos de la secuencia hasta inicios de la Edad del Bronce, y el segundo se iniciaría con la comparecencia de cerámicas de Protocogotas, abarcando no sólo hasta finales del Hierro Antiguo sino probablemente hasta al menos el siglo IV a.C. Ambos ciclos, relativamente paralelos, se caracterizarían por el progresivo aumento del número y tamaño de los sitios y del territorio del que supuestamente disponen, así como de la distancia que los separa; un proceso que se ve posibilitado por la progresiva extensión de una instalación humana creciente a aquellos sectores de la zona de estudio menos densamente ocupados con anterioridad, en particular, a los tramos de las elevaciones terciarias más alejados de los principales valles fluviales. El resultado último es una espiral creciente de antropización, degradación y deforestación del medio (figs. 3 y 10). Sin embargo, existen particularidades en el seno de cada ciclo que impiden considerarlos como estrictamente idénticos. Así, en el primero de ellos se observa un pasajero aumento de la segmentación y atomización del poblamiento durante la etapa campaniforme, mientras que el término del ciclo está marcado por un claro retroceso demográfico, que da paso al siguiente. En el segundo ciclo, parecen constatarse al menos dos hiatos, acaecidos durante los siglos IX y VI/V a.C. (ver Fernández-Posse 1998 y Burillo 1989-90 respectivamente), así como un extraordinario crecimiento demográfico durante la Primera Edad del Hierro, que superaría el ápice del Bronce Antiguo a fines del ciclo anterior, y al que se uniría una novedad trascendental como la sedentarización, que con anterioridad sólo había podido constatarse en algún caso aislado, fechable significativamente a comienzos de la Edad del Bronce. Por otra parte, el término de este segundo ciclo, cuya duración se prolonga al menos hasta el siglo IV a.C., no ha podido ser determinado aún con claridad, si bien es cierto que en él debió de influir extraordinariamente, sin duda, la irrupción de los primeros elementos romanos a partir de comienzos del siglo II a.C. (Muñoz y Madrigal 1999).

Ambos ciclos culminan en sendos momentos –Bronce Antiguo y Segunda Edad del Hierro (siglo IV a.C.)– en que algunas magnitudes (fig. 8) e incluso la distribución de la ocupación (fig. 9; Muñoz y Madrigal 1999: fig. 2) serían muy parecidas. En ambos ciclos se observan procesos o trayectorias relativamente similares y paralelas en que el paulatino aumento demográfico y la densificación de la ocupación obligan cada vez más a la adopción de estrategias económicas mixtas, con un retroceso de las activida-

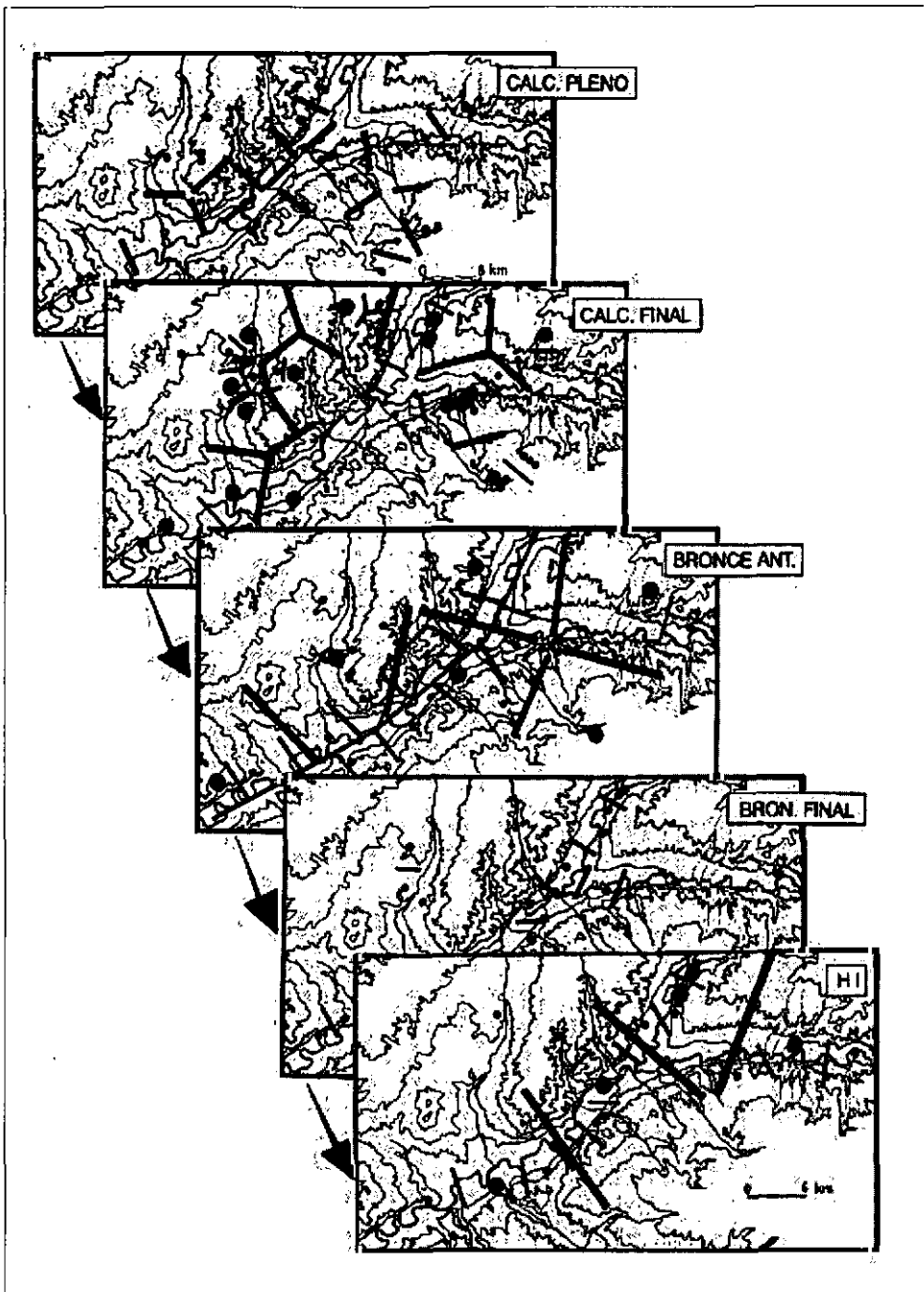


Fig. 9.- Comparación de la hipotética distribución territorial del poblamiento a lo largo de la secuencia de estudio: Calcolítico Pleno, Calcolítico Final, Bronce Antiguo, Bronce Final y mediados de la Primera Edad del Hierro. Los puntos grandes representan los posibles asentamientos principales.

des ganaderas, que requieren para su práctica de mayores extensiones de terreno, en favor de una incidencia creciente de las agrícolas, que pueden constreñirse a espacios menores (fig. 10). Indicadores de este basculamiento económico serían cambios en el repertorio material como el retroceso de las formas cerámicas relacionadas mayoritariamente con el consumo de lácteos —los recipientes de paredes hondas y perfiles entrantes— y de carne —quizá algunos recipientes de

Cogotas I— frente al avance de otras relacionadas con el almacenaje de cereal o los elementos líticos relacionados con la siega (fig. 5); evidencias palinológicas como la presencia creciente de ruderales más relacionadas con el cultivo (*Chenopodiaceae*) en detrimento de las ligadas a la ganadería (*Urticaceae* y *Plantaginaceae*) (fig. 3: 2); y cambios en la ubicación de los asentamientos, cada vez más próximos a suelos agrícolas de secano muy apropiados para una tecnolo-



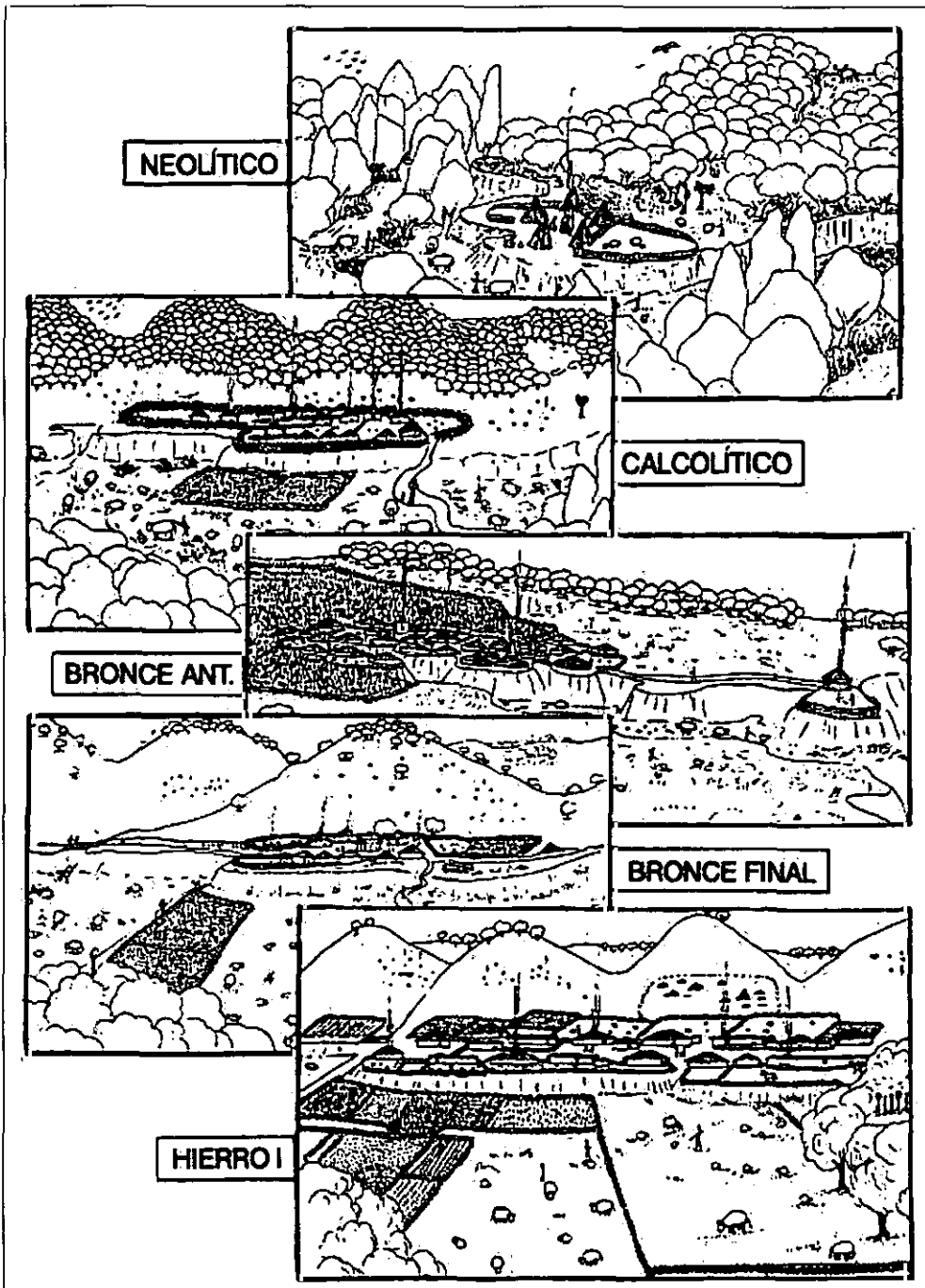


Fig. 10.- Cambios en los asentamientos y en el paisaje de su entorno observados a lo largo de la secuencia de estudio. Los ejemplos Neolítico, Calcolítico, del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro están emplazados en terrazas de las márgenes de los grandes ríos; el ejemplo del Bronce Antiguo se situa en la cabecera de un pequeño barranco afluente.

gía antigua (cambisoles) situados en el interior de las elevaciones terciarias que bordean los grandes ríos, aun a costa de distanciarse de las principales vegas (fig. 9).

En efecto, las actividades agrícolas tienen notables ventajas sobre las pecuarias en circunstancias de competitividad creciente como las que debieron darse ante la proliferación de grupos cada vez

más numerosos y/o más grandes, relativamente móviles, en un espacio consecuentemente cada vez más restringido<sup>13</sup> que ponía dificultades crecientes al tradicional traslado periódico de los poblados. La primera ventaja, ya mencionada, es que requiere para su práctica de un espacio menor y, en consecuencia, de menor movilidad. La segunda es que, dadas esas condiciones, facilita enormemente el almacenaje de exce-

dentes para afrontar posibles situaciones críticas como los ciclos de sequía que suelen reproducirse periódicamente cada década. Pero estas dos últimas circunstancias, unidas a la propia precariedad del sistema, propiciarían también la acumulación de excedentes en manos de unos pocos, que podrían aprovecharla para erigirse en monopolizadores o controladores de su distribución (Díaz-Andreu 1994).

Ambos ciclos parecen consistir, por tanto, en sendos procesos de crecimiento demográfico que se desarrollan hasta alcanzar valores muy próximos a la capacidad de sustentación del medio determinada por el propio nivel tecnológico de cada momento, es decir, a la saturación. Ello, unido a la eventual incidencia de circunstancias externas –variaciones climáticas como las de inicios del Bronce Final y cambios en el contexto económico-político general como las de fines de la Primera y, sobre todo, Segunda Edad del Hierro–, originaría la quiebra del sistema y el inicio de otro ciclo.

#### 4.3. Relaciones con otros grupos

Si bien es éste un aspecto relativamente fácil de rastrear en el registro material dejado por los distintos grupos, resulta, sin embargo, mucho más compleja su interpretación, porque dicho registro constituye sólo una pequeña parte del universo de quienes lo fabricaron o utilizaron. Desde la coincidencia de algunos rasgos formales o decorativos en determinados elementos materiales y en aspectos de hábitat, poblamiento y mundo funerario, hasta la documentación de materias primas o piezas ya elaboradas de procedencia claramente foránea, lo cierto es que debió de existir un variado repertorio de conexiones entre nuestra región y otras limítrofes o lejanas que difícilmente sabremos si correspondían en realidad a una identidad de cualquier tipo o al intercambio y contactos entre distintos grupos.

Por lo que respecta a las relaciones con áreas más alejadas, éstas pueden presentar dos aspectos que probablemente no deben explicarse de la misma forma: la presencia en el área de estudio de materias primas o fabricados de procedencia o autoría extralocal, y la de elementos cuyos rasgos formales son sólo similares a –o “versiones de”– los documentados en áreas relativamente lejanas. Así, parece relativamente verosímil que la presencia en el área de estudio de materias primas o piezas de procedencia foránea como los “ídolos oculados” de Juan Barbero (Martínez Navarrete 1984) o algunos fabricados metálicos haya de achacarse: bien a la intervención de buhoneros o pastores que en sus trasiegos transportan determinados elementos de unas zonas a otras, y/o de artesanos itinerantes que las fabrican a lo largo y ancho de determinadas áreas (Ruiz Zapatero y Rovira 1994-6; Me-

deros y Harrison 1996; Ruiz-Gálvez 1998; Galán y Ruiz-Gálvez e.p.); bien a la existencia de redes de intercambio entre líderes de elementos de estatus o bienes de prestigio (Garrido y Muñoz 1997), destinados a reforzar sus respectivas posiciones sociales (Rowlands 1980; Gilman 1981; Renfrew 1986; Ruiz-Gálvez 1988; Mederos y Harrison 1996); e incluso podría tratarse de expediciones de aprovisionamiento en el caso de las materias primas.

Igualmente complejo resulta explicar la presencia de distintas versiones de determinados elementos en zonas muy alejadas entre sí, o de piezas de clara inspiración –que no procedencia– extralocal muy lejos de las áreas de las que son originarios: tal podría ser el caso de las “placas de telar” decoradas calcolíticas (Muñoz y otros 1995; Muñoz y García e.p.), y la vasija con lotos incisos y la casa con rasgos orientalizantes de Puente Largo de Jarama I (Muñoz y Ortega 1997) en el Hierro Antiguo. Ello quizá podría deberse a la presencia en el área de estudio de personas originarias de dichas zonas o temporalmente residentes en ellas o que, al menos, habían visto piezas realizadas allí, posibilidades realmente plausibles en grupos exogámicos y/o donde se da una gran movilidad general del poblamiento o de determinados elementos de la sociedad.

#### 4.4. Fronteras y límites

El conocimiento de las conexiones del área de estudio con sus vecinas más próximas y sus diferencias con otras más alejadas, así como el establecimiento del valor o significado que éstas y aquéllas pudieran tener en cuanto a la identidad es una cuestión extremadamente difícil de resolver por dos causas. La primera es que se trata de un asunto muy relacionado con el tratado en el apartado anterior, pudiendo compartir ambos, en ocasiones, mecanismos como las relaciones matrimoniales exogámicas y otros intercambios personales. La segunda es que sólo contamos con los indicios que pudiera proporcionarnos el registro material que se ha conservado –parcial y quizá ni siquiera estrictamente relacionado con la cuestión que se pretende dirimir– y los datos que recogen los autores clásicos –procedentes de fuentes relativamente modernas, y cuyos conceptos no siempre sabemos a qué pudieran corresponder–.

En efecto, a la llegada de Roma la cuenca media del Tajo constituye el territorio de los Carpetanos (fig. 11). Los únicos elementos del registro material inmediatamente anterior –el Hierro Antiguo– cuya distribución podría considerarse hasta cierto punto coincidente con esta identidad grupal serían (Almagro y Ruiz Zapatero 1992a: fig. 6; Muñoz e.p. a): las pequeñas vasijas carenadas de paredes finas y superficies bruñidas con bandas metopadas incisas, presentes

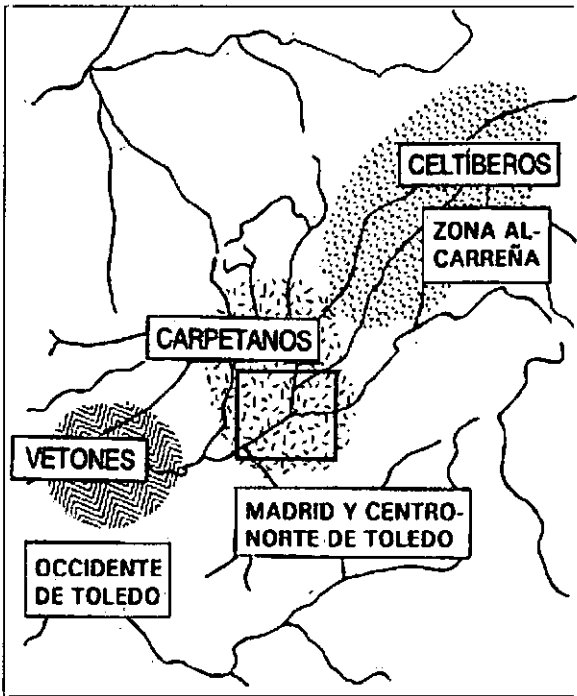


Fig. 11.- Relación de la distribución espacial de algunos elementos materiales de la Primera Edad del Hierro con los límites del ámbito carpetano y otros pueblos vecinos.

en el Tajo central y el valle del Henares –también, es verdad, en algunos yacimientos de la Meseta Norte (Quintana y Cruz 1996), Levante (Pinta y otros 1987-88) y Sureste Peninsular (González Prats 1985; etc.)– pero ausentes en áreas vecinas –Tajo cacereño (Almagro Gorbea 1977) y cuenca del Guadiana (Fernández Rodríguez y otros 1995; Fernández Ochoa y otros 1995)–; y la escasez de grafitado, la abundancia de almagras y escobillados, y la presencia de elementos orientalizantes en el Tajo medio –al contrario de lo que sucede en el área alcarreña– (Blasco y otros 1988; Muñoz y Ortega 1996), mucho más intensos éstos últimos en el occidente toledano, muy ligado al ámbito extremeño (Fernández-Miranda y Pereira 1992) (fig. 11).

Estas diferencias podrían relacionarse, mucho más dudosamente, con otras más antiguas: la ausencia de megalitismo en el Tajo central y Levante (Bernabeu y otros 1988), presente, sin embargo, en el occidente toledano (Bueno 1991; Carrobbles y otros 1994; Bueno y otros 1998) y el Noreste de la Meseta Sur (Osuna 1975); la delimitación septentrional de lo que se ha denominado “Bronce de La Mancha” en torno a los Montes de Toledo (Ruiz Taboada 1998; García, Garrido y Muñoz en prep.) y el área conquense (Díaz-Andreu 1994); y la presencia de determinados elementos materiales marcadamente occidentales en el Oeste de Toledo desde el Calcolítico (Muñoz y otros 1995; Garrido y Muñoz 1997; Muñoz y García e.p.) al Bronce Final (Fernández-Miranda y Pereira 1992).

#### 4.5. Vías de comunicación antiguas

Es cierto que los valles fluviales han funcionado siempre como vías naturales de comunicación tanto por los perfiles suaves y la facilidad de aprovisionamiento que prestan al tránsito de personas, animales y mercancías como por encontrarse entre los principales y más constantes polos de atracción del poblamiento, siendo asimismo cierto que la proximidad espacial –preferentemente naturales– ha sido un proverbial interés prioritario. De hecho, muchos de los contactos intra e interregionales que hemos analizado en apartados anteriores parecen ceñirse a estos trazados naturales: así, la dispersión de las “placas de telar” decoradas calcolíticas (Muñoz y otros 1995; Muñoz y García e.p.) y las vasijas con incrustaciones metálicas del Hierro Antiguo centrada básicamente en las cuencas de Tajo, Guadiana y Guadalquivir (Muñoz 1993; Lucas 1995); y la de los útiles pulimentados de basalto de la Edad del Cobre en el área de estudio en torno a las confluencias fluviales Guatén-Tajo-Algodor-Martín Román y Tajuña-Jarama-Tajo.

Pero, más allá de ello, parece que es en el Calcolítico Final y, particularmente, en la Primera Edad del Hierro cuando se produce una coincidencia mayor –de hasta casi un 70%– entre el emplazamiento de los poblados y la disposición de las principales vías pecuarias y otros caminos antiguos de la zona de estudio<sup>14</sup>. Ello quizá pueda deberse no tanto a la preminencia económica de la ganadería en la región durante ambos momentos –en caso de que viéramos en dichas vías rutas trasterminantes ancestrales– como a la particular relevancia que pudieron tener las comunicaciones en el entramado económico y social –particularmente dinámico– de los mismos. En todo caso, parece que la configuración básica de este entramado de vías y sus principales puntos de paso –conservado o retomado en época histórica quizá por la bondad y funcionalidad de su trazado– se produciría durante el segundo de los momentos citados.

#### 4.6. El mundo de los muertos

Durante la Edad del Cobre se practicó en la región el enterramiento múltiple: en grietas –como La Cantera de Añoover y quizá El Castellar y El Mazacote en el área de estudio (Muñoz 1998)–, cuevas de los rebordes montañosos (Delibes 1995; Alcolea y otros e.p.) y fosas –como Valle del Arcipreste (Álvaro 1987: 13) y quizá Los Valladares (Ruiz Fernández 1975) asimismo en el área de estudio– (fig. 7). No se conocen en el centro de la cuenca, sin embargo, monumentos megalíticos propiamente dichos, es decir, con cubierta pétreo, que sólo están presentes en los rebordes o límites de la misma –Entretérminos (Losada

1976), occidente toledano (Bueno 1991; Carrobles y otros 1994; Bueno y otros 1998), Portillo de las Cortes (Osuna 1975)—, donde asimismo se depositaron ocasionalmente algunos difuntos con ajuares campaniformes (Delibes 1977; Fabián 1995; Garrido 1995) y posteriores (Esparza 1990), que probablemente pretendían beneficiarse de la sanción de sus predecesores en la utilización de los mismos (Thorpe y Richards 1984; Garrido 1995). Sin embargo, quizás esta ausencia de monumentos megalíticos en las tierras bajas no sea real, si pensamos que las inhumaciones múltiples en fosa pudieron tener acaso cubiertas monumentales de materiales perecederos o menos resistentes —madera, menos probablemente tierra— que no se han conservado. Por lo que respecta a las inhumaciones múltiples en grieta del área de estudio, la ubicación de algunas de ellas —La Cantera y El Castellar— en terrenos yesíferos donde manan aguas salitrosas hace pensar que quisieran aprovechar las propiedades antisépticas de la sal y quizá incluso los poderes curativos de muchas de estas aguas, al modo que se hizo en otros casos con el fuego y determinadas sustancias colorantes (Delibes 1995). Tanto las citadas grietas como la de El Mazacote —junto a varias fuentes de agua dulce y en terreno calizo— se encuentran emplazadas en lugares muy destacados y con importante control visual sobre puntos estratégicos como confluencias fluviales o vados —además de surgencias— y posiblemente sobre los territorios de explotación de sus respectivos grupos.

Sin embargo, el ritual funerario característico del área de estudio y la cuenca media del Tajo desde la etapa campaniforme hasta el final de la Edad del Bronce es la inhumación individual, con características generales muy homogéneas: el cadáver se dispone en un hoyo o fosa excavado en el suelo y frecuentemente cubierto con piedras, situado en el interior o las márgenes del poblado (fig. 7). Aunque esta modalidad funeraria debió de contar con una tradición aún más antigua si nos atenemos a los ejemplos neolíticos y calcolíticos de Villamayor de Calatrava (Rojas y Villa 1996), Arenero de Valdivia (Poyato y otros 1981; Jiménez Guijarro e.p.) y quizá El Espinillo (Alonso y otros 1991), lo cierto es que su predominio a partir del Calcolítico Final ligado a ajuares prestigiosos revela un cambio bastante radical de mentalidad: significa de alguna forma la disociación definitiva del individuo respecto a la colectividad —sea este grupo, linaje o clan— en la que antes había permanecido diluido.

Las escasas variaciones que presentan las inhumaciones individuales en fosa a lo largo de un período tan dilatado se refieren a varios aspectos. Así, sólo en algunos escasos ejemplos de comienzos de la Edad del Bronce se documenta la inclusión del cadáver en alguna subestructura dentro del hoyo como *pithei*, en Quitapenas (Pérez de Barradas 1936), Tejar

del Sastre (Quero 1982), Fábrica Euskalduna (Almagro Basch 1960) y Castillo de Bayuela (Gil y otros 1988), y cistas en éste último sitio y, más dudosamente, en El Mazacote (González Simancas 1934). La presencia eventual de inhumaciones dobles o triples, por su parte, se documenta sobre todo en el Bronce Final (Delibes y otros 1990; Blasco, Sánchez-Capilla y otros 1991; Macarro y Silva 1996), cuando asimismo han podido detectarse rasgos deposicionales distintivos según el género de los inhumados (Muñoz en prep.); durante época campaniforme, sin embargo, parecen predominar los enterramientos de varones adultos (Martín Valls y Delibes 1974; Blasco y otros 1994).

Por lo que respecta a la posición de las fosas dentro de los hábitats, durante el Bronce Antiguo pudieron situarse bajo las cabañas si nos atenemos a paralelos próximos (Valiente 1988); durante el Bronce Pleno y Final parece más claro, sin embargo, que las inhumaciones se practicaban en fosas —probablemente silos abandonados— de la orla más exterior de los poblados (Ruiz Zapatero y Lorrio 1995: 226). Así, aunque puedan existir áreas preferentes para enterramientos, lo cierto es que no se puede hablar de necrópolis propiamente dichas, salvo quizá en algunos casos campaniformes como Ciempozuelos (Riaño y otros 1894; Blasco y otros 1998) y Las Palomeras de Yuncillos (Carrobles y otros 1994: 179).

Con la Primera Edad del Hierro se generaliza la incineración, cuya adopción no se produjo, sin embargo, de forma radical y simultánea en toda la Meseta Sur, según revela la coexistencia en el siglo VIII a.C. de inhumaciones como la de El Carpio de Tajo (Pereira y Álvaro 1990) e incineraciones como las de Alarcos en el Guadiana (M. Fernández com. pers.) y Santa Cruz de la Sierra en el Tajo cacereño (Martín Bravo 1998), a las que seguirían en la centuria siguiente la de El Quinto en la zona de estudio (Muñoz 1998 y e.p.a) y las más dudosas de Munera (Belda 1963), La Torrecilla (Almagro Gorbea 1987) y La Vega de Arenas de San Juan (Nájera y Molina 1977). En el nuevo rito el cadáver es quemado y sus cenizas son dispuestas junto con algunos elementos de ajuar en una urna tapada con un cuenco o plato —eventualmente acompañada de algunos vasitos de ofrenda—, que se deposita en un hoyo o fosa, cubierto o no con una piedra (fig. 7). Las tumbas de incineración no se sitúan ya en áreas de habitación sino en zonas específicamente destinadas a uso funerario situadas cerca de aquéllas, que en el ámbito de estudio suelen emplazarse entre los asentamientos y los cursos fluviales o al otro lado de éstos si su caudal es escaso. Esta delimitación del mundo de los muertos y su disociación espacial del de los vivos está claramente relacionada con una conquista contemporánea —la sedentarización— que permite la delimitación definitiva

va de ámbitos –quizá no sólo espaciales– permanentes y destinados a distintos fines.

El que la incorporación de ambas novedades –incineración y sedentarización– sea “casi” contemporánea y no coincida, especialmente en el primer caso, con ninguno de los ciclos o dinámicas internas documentadas en la zona, indicaría bien a las claras su relación con factores exógenos, aunque no necesariamente acompañados de aportes demográficos. En el caso del ritual funerario, dichos factores probablemente debieron de estar vinculados con el mediodía peninsular –según revelan las incineraciones meseteanas conocidas más antiguas (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988; Muñoz e.p.a.; M. Fernández com. pers.)– y ser lo suficientemente potentes como para acabar con una tradición de milenios, siendo el de los muertos un ámbito tremendamente arraigado y conservador.

Por lo que respecta a la presencia o ausencia de ajuares a lo largo de la secuencia, se observan notables diferencias; así, faltan casi generalizadamente durante el Bronce Final (Esparza 1990; Blasco, Calle y Sánchez-Capilla 1991; Ruiz Zapatero y Lorrio 1995; Macarro y Silva 1996; Blasco 1997) y en algún ejemplo neolítico como Villamayor de Calatrava (Rojas y Villa 1996), siendo asimismo muy reducidos en algunos como el calcolítico de Valle del Arcipreste –una sola vasija a la almagra para un enterramiento múltiple– (Álvaro 1987) y el individual de la Edad del Bronce de Príncipe nº 11 –un colgante de guijarritos perforados– (Ortiz y López 1997) (figs. 5 y 7). Lógicamente, la composición de los ajuares varía también según lo hace el resto del repertorio material: una vasija y un brazalete de piedra en la inhumación neolítica de Arenero de Valdivia (Jiménez Guijarro e.p.); vasijas globulares, hachas pulimentadas y puntas de flecha de sílex en enterramientos calcolíticos como La Cantera de Añoover (Muñoz 1998) y quizá Los Valladares (Ruiz Fernández 1975); vasijas campaniformes, puntas Palmela, puñales de lengüeta, botones de perforación en V, brazales de arquero, cintas de oro y más dudosamente alabardas y cuencos Dornajos en tumbas del Calcolítico Final y Bronce Antiguo (Losa-da 1976; Harrison 1977; Muñoz e.p.b); anillas, fibulas, posibles cazuelitas o timiaterios y braseros de cobre y bronce, cuchillos de hierro, vasitos de plata, brazaletes de oro y más dudosamente elementos de carro en tumbas del Hierro Antiguo (Pereira y Álvaro 1990; Muñoz y Ortega 1997; Jiménez Ávila y Muñoz e.p.) (figs. 5 y 7).

Si al carácter excepcional de estos elementos –algunos de procedencia extralocal, muchos destinados expresamente a este fin– unimos el hecho observado a lo largo de la secuencia de que no se entierra toda la población, resulta evidente que el hecho funerario estaba destinado sólo a unos pocos eminentemente privilegiados y que las diferencias entre ellos

–es decir, entre sus ajuares– se hicieron más palpables a comienzos de la Edad del Bronce y, sobre todo, en el Hierro Antiguo (fig. 7). Quizá porque las tumbas individuales, a diferencia de las múltiples, nunca vuelven a abrirse y requieren, por tanto, de deposiciones funerarias impactantes que perduren en la memoria de los presentes<sup>15</sup> (Thomas 1991). La única excepción pudo producirse durante el Bronce Final, cuando los escasos inhumados quizá fueron desheredados, estigmatizados o muertos en circunstancias concretas (Esparza 1990; Ruiz Zapatero y Lorrio 1995), ya que generalmente carecen de ajuar e incluso son eventualmente depositados incompletos y/o en posturas forzadas; si los auténticos privilegiados eran objeto de otro tratamiento usual por las mismas fechas en el occidente peninsular y europeo –¿arrojados a las aguas? (Fábregas y Bradley 1995; Ruiz Zapatero y Lorrio 1995)– es algo que sólo podemos conjeturar (figs. 5 y 7).

#### 4.7. Linajes y familias

Se ha interpretado la modalidad de enterramiento múltiple con ajuares relativamente uniformados que se documenta durante la Edad del Cobre como expresión de una organización de linajes o clanes (Vicent 1989; Chapman 1991; Delibes 1995) (fig. 7). Por contraste, la inhumación individual que se impone posteriormente –sustituída después por incineración asimismo individual– representaría la generalización de nuevos tipos de relaciones sociales basadas en la persona, quizá de tipo patronazgo o clientela (Mederos y Harrison 1996) (fig. 7). Sólo volveríamos a tener posibles indicaciones de carácter familiar –en este caso, de una familia de tipo nuclear– en la existencia de enterramientos dobles o triples durante el Bronce Final (Esparza 1990) (fig. 7).

Nada sabemos, por otra parte, de las estrategias matrimoniales de las sociedades que poblaron la región durante la secuencia de estudio, estrategias que debieron de ser exogámicas si atendemos a la usual necesidad de los grupos pequeños de buscar cónyuge fuera para garantizar una reproducción y renovación adecuadas (Ortega 1999). Resulta verosímil, además, que pudieran haber sido los varones quienes usualmente hubieran buscado esposas fuera del grupo (Price y otros 1998), dejando éstas constancia de su particular origen y filiación mediante “lenguajes heráldicos” en distintas formas y, sobre todo, decoraciones cerámicas y quizá textiles (Plog 1978; Hodder 1991; Osborn 1996), aunque no siempre hubieran sido ellas –o sólo ellas– las usuarias de estos elementos.

Las estrategias matrimoniales debieron de ser, por tanto, fundamentales en la perpetuación de los grupos, y su conveniente manejo y control pudo ser clave en los procesos de diferenciación y jerarquización social (Rowlands 1980; Mederos y Harrison

1996; Ruiz-Gálvez 1992, 1998) por cuanto determinadas esposas pudieron haber ido acompañadas de dotes o herencias. Quizá una de estas mujeres fue enterrada con su pequeño hijo en la tumba de El Carpio: una "princesa tartésica" que habría sido casada con un personaje relevante del hinterland como parte de una red de pactos e intercambios matrimoniales destinada a asegurar las buenas relaciones entre ambas zonas (Ruiz-Gálvez 1992, 1998; Martín Bravo 1998).

**5. CONCLUSIÓN:  
EL LARGO TRÁNSITO HACIA  
LA COMPLEJIDAD SOCIAL**

Probablemente desde el comienzo de la secuencia y aún antes debieron de existir diferencias en el seno de los grupos que poblaron el área de estudio, que, sin embargo, fueron haciéndose más notables hasta desembocar quizás a partir de sus momentos finales en auténtica complejidad social. Estas desigualdades se manifestaron en diversos aspectos como la jerarquización del hábitat y la exclusividad del mundo funerario. En efecto, determinados asentamientos, situados cerca de las principales acumulaciones de recursos explotados en cada momento, presentan extensiones notablemente superiores al resto de sus contemporáneos y han proporcionado asimismo elementos materiales que pueden catalogarse de excepcionales (fig. 9). Entre estos últimos podrían citarse: los indicadores de actividades relacionadas con el aprovechamiento o la elaboración de determinados productos en algunos asentamientos calcolíticos; un mayor número de cerámicas campaniformes, de almacenaje, Protocogotas y Cogotas I en los de fines del Calcolítico y la Edad del Bronce; y la presencia de elementos de prestigio y piezas de fabricación extralocal en los de la Primera Edad del Hierro. Todo lo cual invita a pensar en la verosímil preminencia económica, demográfica y social de dichos asentamientos respecto a aquellos establecimientos de dimensiones y repertorio material más modestos emplazados en entornos menos privilegiados.

Por lo que respecta al ámbito funerario, sólo se enterró o incineró a una pequeña parte de la población en cada momento, depositándoseles acompañados generalmente –salvo durante el Bronce Final– de ajuares excepcionales: cerámicas pintadas y elementos de basalto en el enterramiento múltiple calcolítico de La Cantera de Añover; recipientes con decoración campaniforme, puntas Palmela, puñales de lengüeta, cintas de oro –y quizá cuencos tipo Dornajos y albardas– en los de fines del Calcolítico y comienzos de la Edad del Bronce; posibles cazuelitas o timiaterios y braseros metálicos, cerámicas pintadas bícromas, un brazalete de oro, cuchillos de hierro, algún vasito de

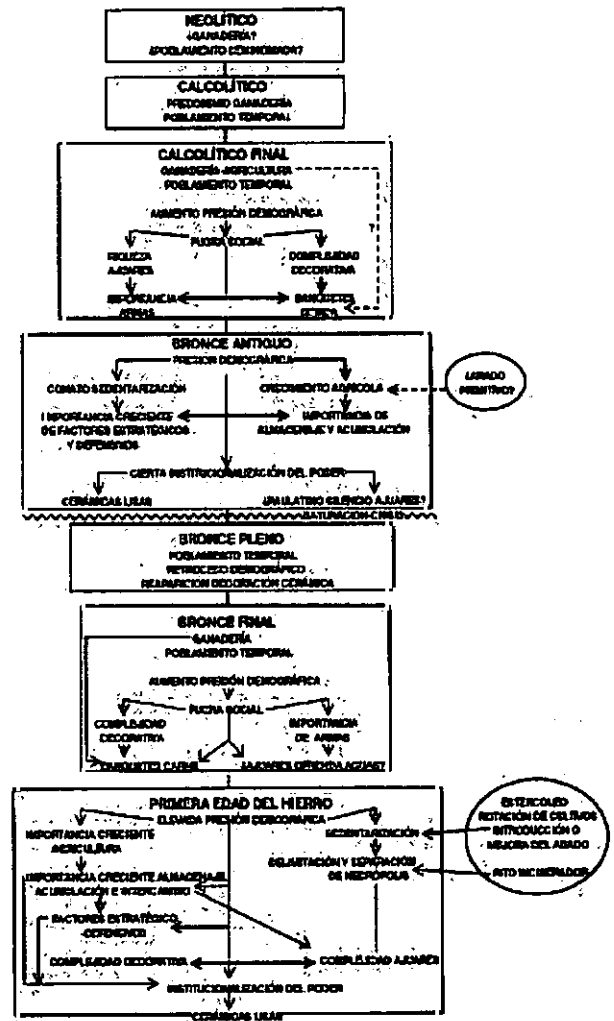


Fig. 12.- Hipotética reconstrucción socio-económica de la secuencia de estudio.

plata y –con más dudas– un pasariendas de carro en el Hierro Antiguo. Todo lo cual parece señalar a dichos individuos como elementos destacados de la comunidad.

Pero, además, quizá sea posible distinguir dentro del panorama social que ambos aspectos reflejan dos grandes ciclos coincidentes con los que hemos propuesto para los ámbitos económico-poblacional y decorativo-cerámico (figs. 12 y 13). En efecto, si identificamos el progresivo aumento de la magnificencia de los elementos del mundo funerario (fig. 7) y del alcance de la territorialización (figs. 8 y 9) en el Calcolítico Final-Bronce Antiguo y la Primera Edad del Hierro con un aumento de las diferencias sociales, habremos de convenir entonces en la verosímil existencia de sendos procesos en los que el paulatino aumento demográfico, favorecido por la intensificación de la producción y la introducción de mejoras tecnológicas, y la consiguiente densificación de la ocupación llevarían a una competitividad creciente inter e

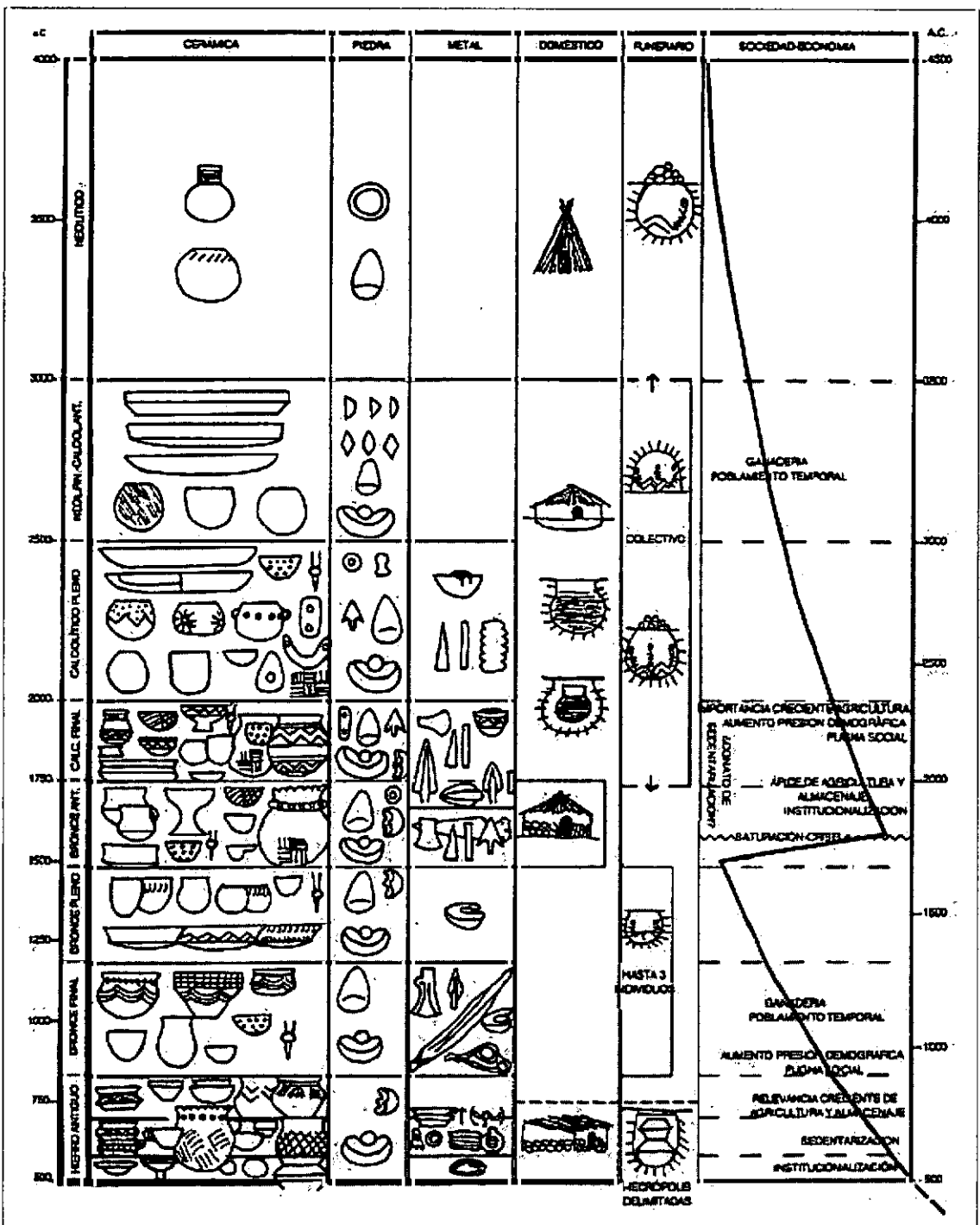


Fig. 13.- Cuadro-resumen de los principales aspectos de la secuencia material, doméstica, funeraria y socio-económica en el ámbito de estudio. La línea gruesa de la derecha sintetiza la tendencia general observada.

intragrupal por la ocupación y explotación de un territorio del que antes podían disponer con mayor facilidad unas poblaciones menos densas. En este contexto se verían favorecidos aquellos individuos capaces de acumular o monopolizar recursos y/o medios con los que afrontar dicha competitividad ya mediante la simple solventación de la escasez en períodos críticos, ya

mediante el aumento general de la productividad e incluso mediante la imposición sobre otros grupos con la consiguiente apropiación de sus disponibilidades. Entre los citados recursos cabría mencionar los excedentes vegetales, la mano de obra, las cabezas de ganado, las extensiones de pasto o cultivo, el control sobre vías de comunicación y pasos, etc. (Gilman y

Thornes 1985; Dietler 1990; Webster 1990; Delibes y otros 1998; Díaz-Andreu 1994; Ruiz-Gálvez 1992, 1998; Osborn 1996; Joffe 1998; Arnold 1999). Con este fin pudieron manipularse, a su vez: estrategias matrimoniales y familiares (Rowlands 1980; Webster 1990; Ruiz-Gálvez 1992, 1998; Osborn 1996; Thomas 1997), expresadas en ornatos cerámicos y acaso textiles (Hodder 1991; Osborn 1996), las cuales pudieron facilitar el acceso a recursos y mano de obra que, en principio, eran ajenos; fiestas y ceremonias auspiciadas por los líderes del grupo y destinadas a ganar "seguidores" entre los miembros del mismo (Dietler 1990; Joffe 1998; Arnold 1999), cualquiera que pudiera ser el significado económico y social concreto de dichos conceptos, las cuales serían protagonizadas por tipos específicos de vajilla como la campaniforme (Sherratt 1987), quizá más vinculada a la libación o simposio, y las de Protocogotas (Mederos y Harrison 1996) y Cogotas I, más relacionada con el consumo de alimentos en banquetes; y, finalmente, cuestiones rituales e ideológicas (Vicent 1995: 26-8), a las que, pese a la dificultad de su detección, ya hemos intentado aproximarnos en otras ocasiones (Garrido y Muñoz e.p. y en prep.).

Si bien estas diferencias sociales pudieron manifestarse en vida mediante la posesión de determinados elementos de estatus o bienes de prestigio, su reflejo último pero no menos importante estaría en las tumbas, donde al difunto se le depositó acompañado de al menos algunos de ellos: recipientes, adornos, armas, e incluso partes de sus vehículos y quizá determinadas ropas. El hecho de que al final de ambos ciclos las decoraciones cerámicas desaparezcan o se uni-

formicen como sucede a comienzos de la Edad del Bronce y entre el siglo VI a.C. y la Segunda Edad del Hierro, si bien puede ser acreedor de otras explicaciones igualmente plausibles, lo cierto es que su coincidencia temporal en el caso de estudio con los ápices de los dos ciclos citados invita a pensar en la posible relación con el fin temporal de largos períodos de inestabilidad social a lo largo de los cuales los individuos o grupos no logran mantener definitivamente su posición de poder y expresan sus diferencias en complejos mensajes decorativos. Dicha desaparición o uniformización decorativa reflejaría, por el contrario, la consecución por parte de algunos de dichos individuos de una legitimación social y quizá política relativamente prolongada, que ya no necesitaría expresar sus variaciones en el terreno formal sino que optaría, en cambio, por ocultarse bajo un falso barniz de homogeneidad (figs. 12 y 13).

En todo caso, no puede ignorarse que ambos ciclos sociales constituyen en última instancia un único proceso de magnitud creciente y hasta cierto punto acumulativa, que puede deducirse del claro incremento en los momentos finales de la secuencia —esto es, en la Primera Edad del Hierro— de factores como las dimensiones de los poblados mayores, la diversidad y riqueza de los ajuares y quizá también de las viviendas, la diversidad de los mensajes decorativos justo antes de su difuminación, y el papel del individuo frente al grupo subrayado no sólo en el ámbito funerario sino en la delimitación de sus posesiones terrenas puesta de manifiesto por aspectos como la parcelación y, en suma, la propiedad privada.

## NOTAS

<sup>1</sup> Este artículo resume parcialmente las conclusiones obtenidas por la autora en su Tesis Doctoral "El poblamiento desde el Neolítico Final a la Primera Edad del Hierro en la Cuenca media del río Tajo", defendida el 19-VI-1998 en el Dpto. de Prehistoria de la Universidad Complutense. Entre las personas e instituciones que han contribuido a llevarla a buen término y a quienes debo gratitud quisiera destacar: al Dr. D. Gonzalo Ruiz Zapatero por su apoyo constante y su valiosísimo consejo no sólo como director de la misma sino también como corrector de este original; al recordado Dr. D. Manuel Fernández-Miranda, con quien comencé esta investigación; a los Dres. D. Martín Almagro Gorbea, Dña. Concepción Blasco, D. Germán Delibes, D. Alfredo Jimeno y D. Juan Pereira, quienes la juzgaron, mejorándola con sus lúcidas observaciones; a la Dra. Dña. M<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse por sus atinados comentarios sobre diversos aspectos del registro arqueológico; a los Dres. D. Juan Pablo del Monte y D. Carlos Roquero de la E.T.S.I. Agrónomos de Madrid por sus esclarecedoras sugerencias relativas al mundo vegetal; a D. Jesús Carrobes por su amabilidad al facilitarme la consulta del Inventario Arqueológico de la Diputación Provincial de Toledo y a D. Fernando Velasco, D. Antonio Méndez y Dña. Pilar Mena por hacer otro tanto con la Carta Arqueológica de la Comuni-

dad de Madrid; y a Dña. Taina García, Dña. M<sup>a</sup> Josefá López-Astilleros y D. Adén Muñoz, quienes me han ayudado generosa y pacientemente en los aspectos gráficos.

<sup>2</sup> Dirigidas por F. Velasco, J. Baena, P. Mena y B. Martínez en Aranjuez en 1985 y por los tres primeros en Colmenar de Oreja y Villacañeros en 1986.

<sup>3</sup> En los términos municipales madrileños de Aranjuez y Colmenar de Oreja en el seno de la citada Carta Arqueológica con subvención de la Comunidad de Madrid y en los municipios toledanos de Seseña, Borox, Mocejón, Ontígola, Ciruelos y Yepes dentro del proyecto "Indigenismo y Romanización en la cuenca media del Tajo", dirigido por los Dres. M. Fernández-Miranda, J. Mangas, D. Plácido y J. Pereira y subvencionado por la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha y la Diputación Provincial de Toledo.

<sup>4</sup> Con la subvención de la Comunidad de Madrid y de la Fundación-Instituto Universitario José Ortega y Gasset.

<sup>5</sup> Sobre la importancia de las bellotas como recurso alimenticio ha-



bitual y/o crítico en la dieta de las poblaciones prehistóricas e históricas existe una abultadísima bibliografía (Driver 1953; Lewthwaite 1982; Mc Corrison 1994; Mason 1995; etc.).

<sup>6</sup> Como ejemplo del primer caso contamos con la vasija con decoración antropomorfa esquemática de Camino de las Cárcavas (Almagro y otros 1996); para el segundo, con cerámicas grafitadas como las de El Mazacote (González Simancas 1934); y para el tercero, con el recipiente con lotos incisos y el soporte de carrete de paralelos orientizantes de Puente Largo de Jarama 1 (Muñoz y Ortega 1997).

<sup>7</sup> Tanto en el caso campaniforme como en el de Cogotas I se observan asimismo evoluciones desde esquemas decorativos más simples a otros más complejos.

<sup>8</sup> El escaso peso de las "pesas de telar" de barro y su morfología plana con dos o cuatro perforaciones en cada extremo las hacen muy distintas a los lastres para tensar la urdimbre en el telar (Barber 1992; A. Cabrera com. pers.). Formalmente se asemejan más a otros elementos destinados asimismo a tejer y conocidos como "placas" o "tarjetas", que se utilizan en la confección manual de bandas decorativas de tela (Wild 1988; Alfaro 1984; Barber 1992; Cardito 1996), aunque las calcólíticas son mucho más gruesas y alargadas que las que se usan para tal fin —de hueso o madera— y, por tanto, sólo podrían haber servido para realizar diseños simples de apenas cuatro cabos —poco más que una trenza— (A. Cabrera com. pers.). En cuanto a los morillos, sólo podrían denominarse así aquellas piezas que presentan protuberancias o cuernos o una perforación lateral sin salida para sujetar asadores sobre el fuego. Sin embargo, los conos y cilindros macizos de barro recuperados en abundancia junto con hogares y otras estructuras en yacimientos próximos a salinas han sido interpretados como soportes o peanas para sostener sobre el fuego recipientes cerámicos con agua para la obtención de salmuera mediante prolongados procesos de ebullición (Escacena y otros 1996; Delibes y otros 1998); hipótesis que parece bastante verosímil para la mayoría de casos del área de estudio, cercanos a manantiales de agua salobre.

<sup>9</sup> Cánidos en Pedazo del Muerto (López Covacho y otros 1996) y Tejar del Sastre (Quero 1982) y bóvidos en Las Pozas (Val 1992: 50), Sector III de Getafe (Blasco 1987: 96), La Torrecilla (Blasco 1987: 96-7) y, dentro del área de estudio, Cantera de «La Flamenca», donde en la base de un hoyo se recuperó una mandíbula y una extremidad anterior en conexión anatómica muy alterados por erosiones y radicaciones que indicarían su permanencia a la intemperie durante largo tiempo antes de ser enterrados (Liesau 1996).

<sup>10</sup> Según hemos podido documentar en la zona de estudio, determinadas circunstancias como la dispersión de materias primas específicas o la reiteración de los mismos motivos decorativos en áreas y

momentos concretos podrían aportar indicios sobre los movimientos de algunos grupos sobre el paisaje (Muñoz en prep.). Por otra parte, no resultaría nada descabellado sugerir de forma general la idea propuesta por Fernández-Posse (1998: 119) para el poblamiento de Cogotas I: a saber, que estas pequeñas comunidades realizarían recorridos cíclicos por determinados terrenos —mediante el traslado de sus asentamientos cada cierto número de años—, "administrándolos" durante bastante tiempo.

<sup>11</sup> El uso de tecnología agraria compleja permitiría, además, cultivar parcelas más extensas con mano de obra menos abundante y con rendimiento más elevado y sostener densidades mayores de población, que acentuarían, a su vez, la presión sobre el territorio. Asimismo permitiría acrecentar las diferencias económicas y sociales pues, según propone Ruiz-Gálvez (1998: 41), favorecería la concentración de la tierra, ayudada por sistemas matrimoniales donde la esposa aporta dote y transmite la herencia.

<sup>12</sup> Dichos ciclos se han identificado en el área de estudio a partir de los datos obtenidos en ella, lo que impide extrapolarlos a zonas limítrofes sin un detallado análisis de la documentación arqueológica correspondiente. Aun así, resulta evidente que han de existir notables diferencias entre la dinámica de nuestra zona y, por poner dos ejemplos próximos, las del Bajo Manzanares y La Mancha. En el último ámbito citado la ocupación del Bronce Antiguo es muchísimo más intensa que en el Tajo central y, sobre todo, que en el entorno madrileño, donde probablemente su duración sea algo más corta; por el contrario, el poblamiento del Bronce Final del Bajo Manzanares es, a todas luces, muchísimo más denso que el de nuestra zona y, por supuesto, que el manchego, donde apenas se han documentado cerámicas de Cogotas I.

<sup>13</sup> La reducción del espacio disponible no sólo se refiere al crecimiento demográfico documentado en el propio ámbito de estudio sino también al identificado en áreas limítrofes, como el interior de la Mesa de Ocaña y La Mancha a comienzos de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro, regiones que con anterioridad a ambas etapas estaban mucho más débilmente pobladas.

<sup>14</sup> Se trata de la Vereda Toledana, que se dirige por la margen derecha del Tajo hacia la Ciudad Imperial, atravesando en su camino la Cañada Soriana Oriental, que cruza el río cerca de Fuentidueña, la Senda Galiana, que baja por la margen izquierda del Jarama, la Cañada Galiana, que desciende por el valle del Guatén, y diversos ramales de la Segoviana en torno al del Guadarrama.

<sup>15</sup> Incluso podría proponerse, siguiendo a Ruiz-Gálvez (1998: 35), que la pública exhibición y destrucción de riqueza que constituye la deposición de metal en las tumbas habría permitido, además, regular el flujo y circulación del mismo en las redes de intercambio y evitar así que su exceso devaluador escapara al control de los líderes.

## BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR, A.; MAICAS, R.; MORALES, A.; MORENO, R. (1991): Análisis faunístico del yacimiento arqueológico de Perales del Río (Madrid). *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 1: 149-180.

ALCOLEA, J.J.; ÁLVAREZ, Y.; BAENA, J.; GARCÍA, M.A.; JIMÉNEZ, C.; MONTERO, I.; RAMOS, M.L. (e.p.): La Dehesa de la Oliva (Patones): campañas de excavación de 1990 y 1991. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*.

ALFARO, C. (1984): *Tejido y cestería en la Península Ibérica*.

*ca. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la Romanización*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, 21. C.S.I.C., Madrid.

ALMAGRO BASCH, M. (1960): Hallazgos arqueológicos en Villaverde. *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 16-18 (1955-1957): 5-29.

ALMAGRO GORBEA, M. (1969): *La necrópolis de Las Madrigueras, Carrascosa del Campo (Cuenca)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, 10. C.S.I.C., Madrid.

- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Biblioteca Praehistorica Hispana, 14. C.S.I.C., Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1987): El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro. En V.V.A.A. 1987a: 108-119.
- ALMAGRO GORBEA, M.; BENITO, J.E. (1993): La prospección arqueológica del valle del Tajuña. Una experiencia teórico-práctica de estudio territorial en la Meseta. *Complutum*, 4: 297-310.
- ALMAGRO GORBEA, M.; DÁVILA, A. (1988): Estructura y reconstrucción de la cabaña Ecce Homo 86/6. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, tomo I: 361-374.
- ALMAGRO GORBEA, M.; FERNÁNDEZ-GALIANO, D. (1980): *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid)*. Arqueología 2. Diputación Provincial de Madrid, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.; LÓPEZ, L.; MADRIGAL, A.; MUÑOZ, K.; ORTIZ, J.R. (1996): Antropomorfo sobre cerámica de la I Edad del Hierro de la Meseta. *Complutum*, 7: 141-146.
- ALMAGRO GORBEA, M.; RUIZ ZAPATERO, G. (1992a): Paleontología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro. En Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero 1992b: 469-499.
- ALMAGRO GORBEA, M.; RUIZ ZAPATERO, G. (eds.) (1992b): *Paleontología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3, Madrid.
- ALONSO, F. (1995): Dataciones radiocarbónicas. En Muñoz 1998, vol. II: 647-662.
- ALONSO, P.; ÁLVAREZ, M.D.; BAQUEDANO, I.; CARLOS, J. DE; CASTAÑO, A.; GIMENO, M. (1991): Un inmenso yacimiento del Bronce en Villaverde. *Revista de Arqueología*, 119: 52-55.
- ÁLVARO, E. DE (1987): La Edad del Cobre en el valle del Tajo. *Carpentania*, 1: 11-42.
- ÁLVARO, E. DE; PEREIRA, J. (1990): El cerro del Bu (Toledo). *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo, Toledo: 199-213.
- APPADURAI, A. (ed.) (1986): *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Cambridge University Press, Cambridge.
- ARNANZ, A. (1994): Análisis paleocarpológicos. En Muñoz 1998, vol. II: 615-624.
- ARNOLD, B. (1999): 'Drinking the Feast': Alcohol and the legitimization of power in Celtic Europe. *Cambridge Archaeological Journal*, 9 (1): 71-93.
- ASQUERINO, M.D. (1979): Fondos de cabaña del Cerro de la Cervera (Mejorada del Campo, Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 36: 99-150.
- BARBER, E.J.W. (1992): *Prehistoric Textiles*. Princeton University Press, Princeton.
- BARRET, J.; BRADLEY, R. (eds.) (1980): *The British Later Bronze Age*. British Archaeological Reports, 83. Oxford.
- BELDA, A. (1963): Un nuevo campo de urnas al Sur del Tajo. *Ampurias*, 25: 198-201.
- BELLIDO, A. (1996): *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la submeseta norte*. Studia Archaeologica, 85. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- BERNABEU, J.; GUITART, I.; PASCUAL, J.L.L. (1988): El País Valenciano entre el Final del Neolítico y la Edad del Bronce. *Archivo de Prehistoria Levantina*, 18: 159-180.
- BLASCO, M.C. (1987): El Bronce Medio y Final. En V.V. A.A. 1987a: 82-107.
- BLASCO, M.C. (1993): *El Bronce Final*. Historia Universal-Prehistoria, 7. Síntesis, Madrid.
- BLASCO, M.C. (ed.) (1994): *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*. Patrimonio Arqueológico del Bajo Manzanares, 2. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- BLASCO, M.C. (1997): Manifestaciones funerarias de la Edad del Bronce en la Meseta. *Homenaje a Milagro Gil-Mascarell Boscá, Saguntum*, 30: 173-190.
- BLASCO, M.C.; BAENA, J.; LIESAU, C. (1998): *La Prehistoria madrileña en el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia*. Patrimonio Arqueológico del Bajo Jarama, 3. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- BLASCO, M.C.; BAENA, J.; MILLÁN, A.; BENÍTEZ, E.; ESPAÑA, E.; CALDERÓN, T. (1993): El Hierro antiguo en el Alto Tajo. Aproximación cultural y marco cronológico apoyado en cuatro fechas de termoluminiscencia del yacimiento de La Capellana. *Madrid Mitteilungen*, 34: 47-71.
- BLASCO, M.C.; BARRIO, J. (1986): Dos nuevos yacimientos prehistóricos en el Sector III de Getafe. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 27: 75-142.
- BLASCO, M.C.; CALLE, J.; SÁNCHEZ-CAPILLA, M.L. (1991): Yacimiento del Bronce Final y de Época Romana en Perales del Río (Getafe, Madrid). *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 1: 37-147.
- BLASCO, M.C.; LUCAS M.R.; ALONSO, M.A. (1991): Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2: 9-88.
- BLASCO, M.C.; RECUERO, V. (1994): Inventario General de yacimientos. En Blasco 1994: 13-46.
- BLASCO, M.C.; SÁNCHEZ-CAPILLA, M.L.; CALLE, J. (1988): Madrid en el marco de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 15: 139-182.
- BLASCO, M.C.; SÁNCHEZ-CAPILLA, M.L.; CALLE, J. (1994): El mundo funerario. En Blasco 1994: 75-99.
- BLASCO, M.C.; SÁNCHEZ-CAPILLA, M.L.; CALLE, J.; ROBLES, F.J.; GONZÁLEZ, V.M.; GONZÁLEZ, A. (1991): Enterramientos del horizonte Protocogotas en el valle del Manzanares. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18: 55-112.
- BRADLEY, R.; GARDINER, J. (eds.) (1984): *Neolithic studies. A review of some current research*. British Archaeological Reports, 133.1. Oxford.
- BRUNETON-GVERNATORI, A. (1979): Des différentes techniques traditionnelles de conservation des châtaignes. En Gast y Sigaut 1979 vol. 1: 122-138.
- BUENO, P. (1991): *Megalitos en la Submeseta Sur: los dolmenes de Azután y La Estrella*. Excavaciones Arqueológicas en España, 159. Ministerio de Cultura, Madrid.
- BUENO, P.; BALBÍN, R. DE; BARROSO, R.; ALCOLEA, J.J.; VILLA, R.; MORALEDA, A. (1998): *El dolmen de Navalcán. El poblamiento megalítico en el Guadyerbas*. Instituto de Investigaciones y Estudios Toledanos-Diputación de Toledo, Toledo.
- BURILLO, F. (1989-1990): La crisis del Ibérico Antiguo y su incidencia sobre los Campos de Urnas finales del Bajo Aragón. *Kalathos*, 9-10: 95-124.

- BURILLO, F. (coord.) (1999): *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía*. Institución "Fernando el Católico", Zaragoza.
- BUXÓ, R. (1997): *Arqueología de las plantas*. Crítica, Barcelona.
- CARDITO, M.L. (1996): Las manufacturas textiles en la Prehistoria: las placas de telar en el Calcolítico peninsular. *Zephyrus*, 49: 211-224.
- CARROBLES, J.; MUÑOZ, K.; RODRÍGUEZ, S. (1994): Poblamiento durante la Edad del Bronce en la cuenca media del río Tajo. *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del Simposio; 1990*. Diputación Provincial de Toledo, Toledo: 173-200.
- CERDEÑO, M.L.; GARCÍA, M.R. (1990): Las necrópolis de incineración del Alto Jalón y el Alto Tajo. *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Institución «Fernando El Católico», Zaragoza: 75-92.
- CERDEÑO, M.L.; GARCÍA, M.R. (1995): La introducción del torno en la Meseta. *1º Congreso de Arqueología Peninsular, Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 35 (2): 261-273.
- CERDEÑO, M.L.; MÉNDEZ, A.; CRISTÓBAL, R.; MORENO, P.; FERREIRO, J. (1980): El yacimiento de la Edad del Bronce de La Torrecilla (Getafe, Madrid). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 9: 215-242.
- CHAPMAN, R.W. (1991): *La formación de las sociedades complejas*. Crítica, Barcelona.
- CRESSIER, P.; GÓMEZ-PANTOJA, J. (coords.) (e.p.): *Aspectos del pastoreo en la Península Ibérica (Madrid, 1996)*. Casa de Velázquez, Madrid.
- CRIBB, R.L.D. (1991): Mobile villagers: the structure and organization of nomadic pastoral campsites in the Near East. En Gambler y Boismier 1991: 140-151.
- CUNLIFFE, B. (1993): *Danebury*. English Heritage-Batsford, Londres.
- DELIBES, G. (1977): *El Vaso Campaniforme en la Meseta Norte Española*. *Studia Archaeologica*, 46. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- DELIBES, G. (1995): Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte. En Fábregas y otros 1995: 61-94.
- DELIBES, G. (coord.) (1998): *Minerales y metales en la prehistoria reciente*. *Studia Archaeologica*, 88. Universidad de Valladolid-Fundación Duques de Soria, Valladolid.
- DELIBES, G.; ALONSO, M.; ROJO, M.A. (1987): Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras y su conexión con el foco dolménico riojano. En V.V.A.A. 1987 b: 181-197.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ, J. (1981): El castro protohistórico de La Plaza en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 47: 51-68.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ, J.; RODRÍGUEZ, J.A. (1990): Cerámica de la plenitud de Cogotas I: el yacimiento de San Román de la Hornija (Valladolid). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 56: 51-70.
- DELIBES, G.; VIÑE, A.; SALVADOR, M. (1998): Santioste, una factoría salinera de los inicios de la Edad del Bronce en Otero de Sariegos (Zamora). En Delibes 1998: 155-197.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1994): *La Edad del Bronce en la provincia de Cuenca*. Diputación de Cuenca, Cuenca.
- DÍAZ-ANDREU, M.; LIESAU, C.; CASTAÑO, A. (1992): El poblado calcolítico de La Loma de Chiclana (Vallecas, Madrid). Excavaciones de urgencia realizadas en 1987. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 3: 31-116.
- DÍAZ-DEL-RÍO, P. (e.p.): Distribución de residuos en 'Las Matillas' (Alcalá de Henares, Madrid): Espacio y tiempo en la Prehistoria de la Meseta. *XXXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*.
- DIETLER, M. (1990): Driven to drink: The role of drinking in the political economy and the case of Early Iron Age France. *Journal of Anthropological Archaeology*, 9: 352-406.
- DRIVER, H.E. (1953): The acorn in North American Indian diet. *Proceedings of the Indiana Academy of Science*, 62: 56-62.
- ENRÍQUEZ, J.J. (1990): *El Calcolítico o Edad del Cobre de la cuenca extremeña del Guadiana: los poblados*. Publicaciones del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, 2. Museo Arqueológico de Badajoz, Badajoz.
- ESCACENA, J.L.; RODRÍGUEZ, M.; LADRÓN DE GUEVARA, I. (1996): *Guadalquivir salobre*. Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, Sevilla.
- ESPARZA, A. (1990): Sobre el ritual funerario de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 56: 106-143.
- FABIÁN, J.F. (1995): *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte*. Universidad de Salamanca, Salamanca.
- FÁBREGAS, R.; BRADLEY, R. (1995): El silencio de las fuentes: prácticas funerarias en la Edad del Bronce del Noroeste. *Complutum*, 6: 153-166.
- FÁBREGAS, R.; PÉREZ, F.; FERNÁNDEZ, C. (eds.) (1994): *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixe ata o Medioevo*. Concello de Xinzo de Limia, Xinzo de Limia.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): *El Bronce Final en la Meseta Norte española: El utillaje metálico*. Junta de Castilla y León, Valladolid.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; ZARZALEJOS, M.; HEVIA, P.; ESTEBAN, G. (1995): *Sisapo I*. Patrimonio histórico-Arqueología, 10. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M.; CABALLERO, A.; JUAN, A. DE (1995): Constantes de poblamiento en Alarcos. En Zozaya 1995: 28-40.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M.D.; MARTÍN, C. (1990): Un área doméstica de la Edad del Bronce en el poblado de El Acequión (Albacete). *Archivo de Prehistoria Levantina*, 20: 351-362.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M.D.; GILMAN, A.; MARTÍN, C. (1995): El poblamiento durante la Edad del Bronce en La Mancha Oriental. (Prov. Albacete). Hipótesis de estudio y primeros resultados. *1º Congreso de Arqueología Peninsular, Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 35 (3): 303-322.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; OLMOS, R. (1986): *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; PEREIRA, J. (1992): Indigenismo y orientalización en la tierra de Talavera. *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera y sus tierras*. Diputación de Toledo, Toledo: 57-94.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. (1998): *La investigación proto-*

- histórica en la Meseta y Galicia. *Arqueología Prehistórica*, 1. Síntesis, Madrid.
- GALÁN, E.; RUIZ-GÁLVEZ, M.L. (e.p.): Rutas ganaderas, trasterminancia y caminos antiguos: el caso del suroeste peninsular entre el Calcolítico y la Edad del Hierro. En Cressier y Gómez-Pantoja e.p.
- GAMBLER, C.S.; BOISMIER, W.A. (eds.) (1991): *Ethnoarchaeological Approaches to Mobile Campsites. Hunter-Gatherer and Pastoralist Case Studies*. International Monographs in Prehistory. Ethnoarchaeological Series, 1. Michigan-Ann Arbor.
- GARCÍA, J.; MARTÍNEZ, J. (coords.) (1992): *Recursos minerales de España*. Textos Universitarios, 15. C.S.I.C., Madrid.
- GARRIDO, J.P.; ORTA, E. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de La Joya (3ª, 4ª y 5ª campañas)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 96. Ministerio de Cultura, Madrid.
- GARRIDO, R. (1995): El campaniforme en la meseta sur: nuevos datos y propuestas teóricas. *Complutum*, 6: 123-151.
- GARRIDO, R.; MUÑOZ, K. (1997): Intercambios entre el Occidente peninsular y la cuenca media del río Tajo durante el Calcolítico y el Bronce Antiguo. *II Congreso de Arqueología Peninsular*, tomo II. Fundación Afonso Henriques, Zamora: 483-493.
- GARRIDO, R.; MUÑOZ, K. (e.p.): La Escarapela (Borox, Toledo): aportación al estudio de las cerámicas campaniformes con decoración «simbólica» en la Meseta. *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, septiembre 1997)*.
- GARWOOD, P.; JENNINGS, D.; SKEATES, R.; TOMS, J. (eds.) (1991): *Sacred and Profane: Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion, Oxford, 1989*. Monograph 32. Oxford University Committee for Archaeology, Oxford.
- GASCÓ, J.M.; MANUEL, V. (1994): Análisis edafológicos. En Muñoz 1998, vol. II: 625-646.
- GAST, M. (1968): *Alimentation des populations de l'Ahaggar. Étude ethnographique*. Mémoires du Centre de Recherches Anthropologiques, Préhistoriques et Ethnographiques, VIII. C.N.R.S., París.
- GAST, M.; MAUBOIS, J.L.; ADDA, J. (1969): *Le lait et les produits laitiers en Ahaggar*. Mémoires du Centre de Recherches Anthropologiques, Préhistoriques et Ethnographiques, XIV. C.N.R.S., París.
- GAST, M.; SIGAUT, F. (eds.) (1979): *Les techniques de conservation des grains à long terme. Leur rôle dans la dynamique des systèmes de cultures et des sociétés*. C.N.R.S., París.
- GIL, J.I.; MENÉNDEZ, M.L.; REYES, F.; REYES, J.L. (1988): Excavaciones en el yacimiento del Bronce Medio del cerro del Obispo de Castillo de Bayuela (Toledo). *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, tomo III. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Talavera de la Reina: 93-100.
- GILMAN, A. (1981): The development of social stratification in Bronze Age Europe. *Current Anthropology*, 22: 1-23.
- GILMAN, A. (1997): Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de datos arqueológicos. *Trabajos de Prehistoria*, 54 (2): 81-92.
- GILMAN, A.; THORNES, J.B. (1985): *Land Use and Prehistory in South-East Spain*. Allen and Unwin, Londres.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1985): La Peña Negra II-III. Campaña de 1978-1979. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 21: 7-55.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, M. (1934): *Excavaciones en Ocaña*. Memoria nº 130 (1933-5). Junta Superior del Tesoro Artístico, Madrid.
- HARRISON, R.J. (1974): Ireland and Spain in the Early Bronze Age. *Journal of the Royal Antiquaries of Ireland*, 4: 52-73.
- HARRISON, R.J. (1977): *The Bell Beaker Cultures of Spain and Portugal*. Harvard University Bulletin, 35. Universidad de Harvard, Cambridge-Massachusetts.
- HARRISON, R.J. (1995): Bronze Age Expansion 1750-1250 B.C.: The Cogotas I phase in the Middle Ebro Valley. *Veleia*, 12: 67-77.
- HODDER, I. (1991): The decoration of containers: An ethnographic and historical study. En Longacre 1991: 71-94.
- IGLESIAS, J.C.; ROJO, M.A.; ÁLVAREZ, M.V. (1996): Estado de la cuestión sobre el Neolítico en la Submeseta Norte. *Rubricatum*, 1 (2), *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Gavà-Bellaterra, 1995*: 721-730.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F.J.; MUÑOZ, K. (e.p.): Pasarriendas de bronce en la Protohistoria peninsular: a propósito del hallazgo del Soto del Hinojar-Las Esperillas (Aranjuez, Madrid). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 24.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F. (1966): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Toledo IV. Hallazgos en la Vega de Santa María, en el término de Mesegar. *Archivo Español de Arqueología*, 39: 184-186.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (1998): La Neolitización de la cuenca alta del Tajo: nuevas propuestas interpretativas para el Neolítico de la Meseta. *Complutum*, 9: 27-47.
- JIMENO, A. (1984): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. (Campañas 1977, 1978 y 1979). *Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*. Excavaciones Arqueológicas en España, 134. Ministerio de Cultura, Madrid.
- JIMENO, A.; FERNÁNDEZ, J.J. (1991): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*, Campañas 1981 y 1982: aportación al Bronce Medio de la Meseta. Excavaciones Arqueológicas en España, 161. Ministerio de Cultura, Madrid.
- JOFFE, A.H. (1998): Alcohol and social complexity in Ancient Western Europe. *Current Anthropology*, 39 (3): 297-322.
- LEBLIC, V. (1994): *Medicina popular en la provincia de Toledo*. Temas Toledanos, 78. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Toledo.
- LIESAU, C. (1996): Análisis faunísticos. En Muñoz 1998, vol. II: 559-588.
- LEWTHWAITE, J.G. (1982): *Acorns for the ancestors: the prehistoric exploitation of woodland in the west Mediterranean*. British Archaeological Reports International series, 146, Oxford.
- LILIOS, K.T. (ed.) (1995): *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*. International Monographs in Prehistory. Michigan-Ann Arbor.
- LONGACRE, W.A. (ed.) (1991): *Ceramic ethnoarchaeology*. University of Arizona Press, Tucson.
- LÓPEZ COVACHO, L.; MADRIGAL, A.; MUÑOZ, K.; ORTIZ, J. R. (e.p.): La transición Bronce Final-Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo: el yacimiento de Camino de

- las Cárcavas (Aranjuez, Madrid). *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*.
- LÓPEZ COVACHO, L.; ORTIZ, J.R.; RODRÍGUEZ, M. (1996): El yacimiento prehistórico de Pedazo del Muerto (Pinto, Madrid). *Reunión de Arqueología Madrileña*. Madrid: 213-215.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (1988): El Neolítico andaluz. En López García 1988 (coord.): 195-220.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (coord.) (1988): *El Neolítico en España*. Cátedra, Madrid.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (coord.) (1997): *El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final*. Arqueología, Paleontología y Etnografía, 5, Madrid.
- LÓPEZ GARCÍA, P.; ARNANZ, A.; LÓPEZ, J.A.; MACÍAS, R.; UZQUIANO, P.; RUIZ, B.; ANDRADE, A.; DORADO, M.; GIL, M.J.; FRANCO, F.; PEDRAZA, J. (1997): Conclusiones. En López García 1997: 165-182.
- LÓPEZ GÓMEZ, A.; ARROYO, F. (1983): Antiguas salinas de la comarca de Aranjuez. *Estudios Geográficos*, 44 (172-3): 339-370.
- LÓPEZ PLAZA, S. (1987): El comienzo de la metalurgia en el S.O. de la cuenca del Duero. En V.V.A.A. 1987c, tomo II: 52-65.
- LORIANA, M. DE (1942): Nuevos hallazgos de vaso campaniforme en la provincia de Madrid. *Archivo Español de Arqueología*, 15: 159-167.
- LOSADA, H. (1976): El dolmen de Entretérminos (Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 33: 209-221.
- LOUIS, A. (1979): La conservation a long terme des grains chez les nomades et semi-sédentaires du sud de la Tunisie. En Gast y Sigaut 1979, vol. 1: 34-45.
- LUCAS, M.R. (1995): Cerámicas con aplique de metal. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 35: 107-122.
- MACARRO, J.A.; SILVA, J.F. (1996): Los enterramientos de «La Dehesa» (Alcalá de Henares, Madrid): aportaciones a los ritos funerarios de la Edad del Bronce en la Meseta. *Reunión de Arqueología Madrileña*. Madrid: 123-126.
- MARISCAL, B. (1996): Evolución de la vegetación desde el Calcolítico a la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo. *Estudios Palinológicos*: 83-86.
- MARTÍ, B. (1983): *El nacimiento de la agricultura en el País Valenciano. Del Neolítico a la Edad del Bronce*. Universidad de Valencia, Valencia.
- MARTÍN BRAVO, A.M. (1998): Evidencias del comercio tartésico junto a puertos y vados de la cuenca del Tajo. *Archivo Español de Arqueología*, 71 (177-178): 37-52.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1986): Aproximación a la secuencia del hábitat en Papa Uvas (Aljaraque, Huelva). *Actas del Congreso Homenaje a Luis Siret (1934-1984) (Cuevas de Almanzora, 1984)*. Junta de Andalucía-Dirección General de Bellas Artes, Madrid: 227-242.
- MARTÍN VALLS, R.; DELIBES, G. (1974): *La cultura del Vaso Campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente Olmedo (Valladolid)*. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 1. Museo Arqueológico de Valladolid, Valladolid.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. (1984): El comienzo de la metalurgia en la provincia de Madrid. La cueva y cerro de Juan Barbero (Tielmes). *Trabajos de Prehistoria*, 41: 17-128.
- MASON, S.L.R. (1995): Acorn-eating and ethnographic analogies: a reply to Mc Corrison. *Antiquity*, 69: 1025-1029.
- MC CORRISTON, J. (1994): Acorn eating and agricultural origins: California ethnographies as analogies for the ancient Near East. *Antiquity*, 68: 97-107.
- MEDEROS, A.; HARRISON, R.J. (1996): Patronazgo y clientela. Honor, guerra y festines en las relaciones sociales de dependencia del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica. *Pyrenae*, 27: 31-52.
- MÉNDEZ, A. (1994): La Edad del Bronce en Guadalajara: una visión de conjunto. *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del Simposio; 1990*. Diputación de Toledo, Toledo: 111-144.
- MILLÁN, A.; ARRIBAS, J.G. (1994): Estudio mineralógico de algunos útiles pulimentados procedentes del Cerro Batura de Pinto. En Blasco 1994: 225-226.
- MONTERO, I.; RODRÍGUEZ, S.; ROJAS, J.M. (1990): *Arqueometalurgia de la provincia de Toledo: Minería y recursos minerales de cobre*. Diputación Provincial de Toledo, Toledo.
- MONTERO, I.; RUIZ, A. (1996): Enterramiento colectivo y metalurgia en el yacimiento neolítico de Cerro Virtud (Cuevas de Almanzora, Almería). *Trabajos de Prehistoria*, 53 (2): 55-75.
- MORALES, A. (1992): Estudio de la fauna del yacimiento calcolítico de «Las Pozas» (Casaseca de las Chanas, Zamora). Campaña 1979. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 58: 65-95.
- MORALES, A.; LIESAU, C. (1994): Arqueozoología del Calcolítico en Madrid: ensayo crítico de síntesis. En Blasco 1994: 227-247.
- MORALES, A.; VILLEGAS, C. (1994): La fauna de mamíferos del yacimiento de «El Ventorro». Síntesis osteológica de la campaña de 1981. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 9: 35-56.
- MUNICIO, L.J. (1988): El Neolítico en la Meseta Central española. En López García 1988b: 299-327.
- MUÑOZ, K. (1993): El poblamiento desde el Calcolítico a la Primera Edad del Hierro en el valle medio del río Tajo. *Complutum*, 4: 321-336.
- MUÑOZ, K. (1998): *El poblamiento desde el Neolítico Final a la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del río Tajo*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense, Madrid.
- MUÑOZ, K. (e.p.a): Mirando al Suroeste de la Celtiberia: nuevos datos sobre la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo. *Encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico (Molina de Aragón-octubre 1998)*.
- MUÑOZ, K. (e.p.b): «La Paloma» en el contexto de la Edad del Bronce del Tajo central: una revisión actualizada. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 11.
- MUÑOZ, K. (e.p.c): Hallazgos neolíticos de las vegas de Aranjuez (Madrid): Nuevos datos sobre el Neolítico del Interior peninsular. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 12.
- MUÑOZ, K.; GARCÍA, T. (e.p.): Hacia una caracterización de la Edad del Cobre en la cuenca media del Tajo. *Anales Toledanos*.
- MUÑOZ, K.; GARCÍA, T.; IZQUIERDO, D. (1995): Aportaciones al estudio de la Edad del Cobre en la cuenca media del río Tajo. *Boletín del Seminario de Estudio de Arte y Arqueología*, 61: 31-50.

- MUÑOZ, K.; MADRIGAL, A. (1999): Poblamiento y recursos durante la Segunda Edad del Hierro en el valle medio del Tajo. En Burillo 1999: 467-480.
- MUÑOZ, K.; ORTEGA, J. (1996): La transición Primera-Segunda Edad del Hierro en el Bajo Henares: las cabañas de «Los Pinos» (Alcalá de Henares, Madrid). *Actas del V Encuentro de Historiadores del Valle del Henares (Guadalajara, 1996)*. Institución Marqués de Santillana-Institución de Estudios Complutenses-Centro de Estudios Seguntinos, Guadalajara: 31-43.
- MUÑOZ, K.; ORTEGA, J. (1997): Elementos de inspiración orientalizante en la cuenca media del río Tajo: el yacimiento de «Puente Largo de Jarama» (Aranjuez, Madrid). *Spal*, 6: 141-167.
- NÁJERA, T.; MOLINA, F. (1977): La Edad del Bronce en La Mancha. Excavaciones en las motillas del Azuer y Los Palacios (Campaña de 1974). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2: 251-300.
- OLARÍA, C. (1988): El Neolítico en las comarcas castellonenses. En López García 1987b: 101-130.
- ORTEGA, J.M. (1998): De la Arqueología Espacial a la Arqueología del Paisaje: ¿Es *Annals* la solución? *Arqueología Espacial*, 19-20. *Arqueología del Paisaje*. Colegio Universitario de Teruel. Teruel: 33-51.
- ORTEGA, J.M. (1999): Al margen de la «identidad cultural»: historia social y economía de las comunidades campesinas celtíberas. En Burillo 1999: 417-452.
- ORTIZ, J.R.; LÓPEZ, L. (1997): El yacimiento de la Edad del Bronce Príncipe 11: ritual de inhumación infantil (Aranjuez, Madrid). *II Congreso de Arqueología Peninsular*, tomo II. Fundación Afonso Henriques, Zamora: 633-646.
- OSBORN, A.J. (1996): Cattle, Co-wives, Children, and Calabashes: Material Context for Symbol Use among the II Chamus of West-Central Kenya. *Journal of Anthropological Archaeology*, 15: 107-136.
- OSUNA, M. (1975): El dolmen de Portillo de las Cortes (Aguilar de Anguita, Guadalajara). *Noticiero Arqueológico Hispánico*. Prehistoria, 3: 239-290.
- PEDRO, M.J. DE (1990): La Loma de Bexí (Paterna): Datos sobre técnicas de construcción en la Edad del Bronce. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XX: 327-350.
- PEDRO, M.J. DE (1995): La Edad del Bronce en el País Valenciano: Estado de la cuestión. *Actes de les Jornades d'Arqueologia. Alfàs del Pi del 27 al 29 de gener de 1994*. Generalitat Valenciana, Valencia: 61-87.
- PEINADO, M.; MARTÍNEZ, J.M. (1985): *El paisaje vegetal de Castilla-La Mancha*. Monografías, 2. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- PEREIRA, J. (1994): La transición del Bronce Final al Hierro en la Meseta Sur. *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del Simposio: 1990*. Diputación de Toledo, Toledo: 37-85.
- PEREIRA, J.; ÁLVARO, E. DE (1990): El enterramiento de La Casa del Carpio, Belvís de la Jara (Toledo). *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*. Diputación de Toledo, Toledo: 215-234.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1936): Nuevos estudios sobre Prehistoria Madrileña, I. La Colección Bento. *Anuario de Prehistoria Madrileña*, IV-VI (1933-1935): 1-90.
- PÉREZ REGODÓN, J. (1970): *Guía Geológica, Hidrológica y Minera de la Provincia de Madrid*. Memoria, 76. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid.
- PERNIA, A.; LEIRA, R. (1992): Excavación de urgencia en el Arenero de Soto II (P.K. 5,360 al P.K. 5,380 del Tren de Alta Velocidad Madrid-Sevilla). *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 3: 119-130.
- PINTA, J.L. DE LA; ROVIRA, J.; GÓMEZ, R. (1987-1988): Yacimientos arqueológicos de Camporrobles Plana de Utiel, Valencia) y áreas cercanas: una zona de contacto entre la Meseta y las áreas costeras. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 13: 291-331.
- PIÑÓN, F.; BUENO, P. (1988): El Neolítico en el suroeste peninsular. En López García 1988b: 221-249.
- PLOG, S. (1978): Social interaction and stylistic similarity: a reanalysis. En Schiffer 1978: 143-182.
- PORRES, J.; RODRÍGUEZ, H.; SÁNCHEZ, R. (1986): *Descripciones del Cardenal Lorenzana (Archivo Diocesano de Toledo)*. Diputación de Toledo, Toledo.
- POYATO, C.; SÁNCHEZ, J.; FERNÁNDEZ, A.; GALÁN, C.; GÁLVEZ, P.; MÉNDEZ, A. (1981): El Neolítico y la Edad de Bronce en la provincia de Madrid. *II Jornadas de Estudios sobre la provincia de Madrid (Madrid, 1980)*. Diputación Provincial de Madrid, Madrid: 35-47.
- PRICE, T.D.; GRUPE, G.; SCHRÖTER, P. (1998): Migration in the Bell Beaker period of central Europe. *Antiquity*, 72 (276): 405-411.
- PRIEGO, M.C.; QUERO, S. (1978): Una obra maestra de la orfebrería prehistórica madrileña: El brazalete de oro de La Torrecilla (Getafe). *Villa de Madrid*, 59: 17-23.
- PRIEGO, M.C.; QUERO, S. (1992): *El Ventorro, un poblado prehistórico de los albores de la metalurgia*. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 8.
- QUERO, S. (1982): El Poblado del Bronce Medio del Tejar del Sastre (Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*: 185-247.
- QUINTANA, J.; CRUZ, P.J. (1996): Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte (Consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 62: 9-78.
- RENFREW, C. (1986): Varna and the emergence of wealth in prehistoric Europe. En Appadurai 1986: 141-168.
- REYNOLDS, P. (1979): A general report of underground grain storage experiments at the Butser Ancient Farm Research Project. En Gast y Sigaut 1979, vol. 1: 70-80.
- RIAÑO, J.F.; RADA, J.D.; CATALINA, J. (1894): Hallazgo prehistórico en Ciempozuelos. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 25: 436-450.
- RIVAS, S.; CANTÓ, P.; FERNÁNDEZ, F.; NAVARRO, C.; PIZARRRO, J.M.; SÁNCHEZ, D. (1994): *Biogeografía de la Península Ibérica, Islas Baleares y Canarias*. Folia Botanica Matritensis, 8, Madrid.
- ROJAS, J.M.; RODRÍGUEZ, S. (1990): El Guijo: Aportación al estudio del Calcolítico y la Edad del Bronce en la cuenca media del Tajo. *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*. Diputación de Toledo, Toledo: 162-198.
- ROJAS, J.M.; VILLA, R. (1996): Una inhumación individual de época neolítica en Villamayor de Calatrava (Ciudad Real). *Rubricatum*, 1, *Actes I Congrès del Neolític Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles. Gavà-Bellaterra, 1995*, vol. II: 509-513.
- ROVIRA LLORENS, S.; MONTERO, I. (1994): Metalurgia campaniforme y de la Edad del Bronce en la Comunidad de

- Madrid. En Blasco 1994: 137-171.
- ROVIRA LORENS, S.; MONTERO, I.; CONSUEGRA, S. (1997): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica*. Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid.
- ROVIRA I PORT, J. (ed.) (1994-1996): *Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió del l'Ebre*. Gala, 3-5.
- ROWLANDS, M.J. (1980): Kinship, alliance and exchange in the European Bronze Age. En Barret y Bradley 1980: 15-55.
- RUIZ, B.; ANDRADE, A.; DORADO, M.; GIL, M.J.; FRANCO, F.; LÓPEZ, P.; LÓPEZ-SÁEZ, J.A.; MACÍAS, R.; ARNANZ, A.; UZQUIANO, P. (1997): Las transformaciones del ecosistema en la Comunidad de Madrid. En López García 1997: 95-164.
- RUIZ FERNÁNDEZ, F. (1975): Una necrópolis de la edad del Bronce en Yuncos (Toledo). *Sautuola*, 1: 117-132.
- RUIZ MATA, D. (1995): Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico. *Tartessos: 25 años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera: 265-213.
- RUIZ TABOADA, A. (1998): *La Edad del Bronce en la provincia de Toledo: La Mancha y su entorno*. Instituto de Investigaciones y Estudios Toledanos-Diputación de Toledo, Toledo.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del N.E. de la Península Ibérica*. Colección Tesis Doctorales 83/85. Universidad Complutense, Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO, A. (1988): Elementos e influjos de tradición de Campos de Urnas en la Meseta Sudoriental. *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, tomo III. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Talavera de la Reina: 257-268.
- RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO, A. (1995): La muerte en el norte peninsular durante el primer milenio A.C. En Fábregas y otros 1995: 223-248.
- RUIZ ZAPATERO, G.; ROVIRA, J. (1994-1996): La producción, la circulación y el control del metal: del Bronce Medio a la Edad del Hierro en el NE. de la Península Ibérica. En Rovira 1994-1996: 33-47.
- RUIZ-GÁLVEZ, M.L. (1988): Oro y política. Alianza comerciales y centros de poder en el Bronce Final del Occidente peninsular. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I-Prehistoria*, 1: 325-338.
- RUIZ-GÁLVEZ, M.L. (1992): La novia vendida: agricultura, herencia y orfebrería en la Protohistoria de la Península Ibérica. *Spal*, 1: 219-251.
- RUIZ-GÁLVEZ, M.L. (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce*. Crítica, Barcelona.
- RYDER, M.L. (1983): *Sheep and man*. Duckworth, Londres.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J.; FERNÁNDEZ, A.; GALÁN, C.; POYATO, C. (1983): *El Neolítico y la Edad del Bronce en la región de Madrid*. Arqueología y Paleoecología, 3. Diputación de Madrid, Madrid.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J.; PÉREZ, L.C. (1989): Los yacimientos auríferos de la Península Ibérica. Posibilidades de explotación en la Antigüedad. En V.V.A.A. 1989: 16-23.
- SCHIFFER, M.B. (ed.) (1978): *Advances in Archaeological Method and Theory*, I. Academic Press, Nueva York.
- SENNA-MARTÍNEZ, J.C. (1994): Subsídios para o estudo do Bronze pleno na Estremadura atlântica: (1) A alabarda de tipo «Atlántico» do habitat das Bautas (Amadora). *Zephyrus*, 46: 159-181.
- SENNA-MARTÍNEZ, J.C. (1995): The Late Prehistory of Central Portugal: a first diachronic view. En Lillios 1995: 64-94.
- SHERRATT, A. (1983): The secondary exploitation of animals in the Old World. *World Archeology*, 15: 90-104.
- SHERRATT, A. (1987): Cups that Cheered. En Waldren y Kennard 1987: 81-114.
- SILVA, J.F.; MACARRO, J.A. (1996): El yacimiento de la Edad del Bronce del «Polígono 25» en Alcalá: primeros resultados. *Reunión de Arqueología Madrileña*, Madrid: 138-141.
- SOARES, J.; TAVARES, C. (1979): Alguns aspectos do Neolítico Antigo do Alentejo litoral. *Actas da 1ª Mesa-Redonda sobre o Neolítico e o Calcolítico em Portugal (Porto, 1978)*, Oporto: 9-52.
- SOLER, J. (1965): *El tesoro de Villena*. Excavaciones Arqueológicas en España, 36. Ministerio de Cultura, Madrid.
- TAVARES, C.; SOARES, J. (1979): Contribuição para o conhecimento dos povoados calcolíticos do Baixo Alentejo e Algarve. *Actas da 1ª Mesa-Redonda sobre o Neolítico e o Calcolítico em Portugal (Porto, 1978)*, Oporto: 117-119.
- TERUEL, M.S. (1986): Objetos de adorno en el Neolítico de Andalucía oriental. Síntesis tipológica. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 11: 9-26.
- THOMAS, J. (1991): Reading the body: Beaker Funerary Practice in Britain. En Garwood y otros: 33-42.
- THOMAS, R. (1997): Land, kinship relations and the rise of enclosed settlement in first millenium B.C. Britain. *Oxford Journal of Archaeology*, 16 (2): 211-218.
- THORPE, I.J.; RICHARDS, C. (1984): The decline of ritual authority and the introduction of Beakers into Britain. En Bradley y Gardiner 1984: 67-84.
- VAL, J. DEL (1992): El yacimiento calcolítico precampaniforme de Las Pozas, en Casaseca de las Chanas, Zamora. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 58: 47-63.
- VALIENTE, J. (1988): Enterramientos de la Edad del Bronce en el Lomo (Cogolludo, Guadalajara). *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, tomo III. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Talavera de la Reina: 79-91.
- VALIENTE, J. (1992): *La Loma del Lomo II. Cogolludo (Guadalajara)*. Patrimonio histórico-Arqueología, 5. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- VALLESPÍ, E.; CIUDAD, A.; GARCÍA, R.; RAMOS, J. (1987): Conjuntos líticos del Eneolítico y Bronce de la provincia de Toledo, en el Museo de Santa Cruz. *Carpetania*, 1: 69-89.
- VALLESPÍ, E.; CIUDAD, A.; GARCÍA, R.; RAMOS, J.; SERRANO, J. (1990): Eneolítico y Bronce en la Mesa de Ocaña (Mancha Toledana). Materiales líticos de la Colección P. Jesús Santos, O.P. *Cuadernos de Estudios Manchegos*.
- VICENT, J.M. (1989): *Bases teórico-metodológicas para el estudio del comienzo de la metalurgia en la Península Ibérica*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- VICENT, J.M. (1995): Problemas teóricos de la arqueología de la muerte. Una introducción. En Fábregas y otros 1995: 13-31.

- V.V.A.A. (1987a): *130 Años de Arqueología Madrileña*. Comunidad de Madrid, Madrid.
- V.V.A.A. (1987b): *El megalitismo en la Península Ibérica*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- V.V.A.A. (1987c): *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica (Oviedo, 1987)*. Instituto Universitario José Ortega y Gasset-Universidad Complutense, Madrid.
- V.V.A.A. (1989): *El oro en la España prerromana*. Revista de Arqueología, n° extra, Madrid.
- WALDREN, W.H.; KENNARD, R.C. (comps.) (1987): *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data. The Oxford International Conference 1986*. British Archaeological Reports, Int. Series, 331. Oxford.
- WEBSTER, G. (1990): Labor control and emergent stratification in prehistoric Europe. *Current Anthropology*, 31 (4): 337-366.
- WILD, J.P. (1988): *Textiles in Archaeology*. Shire Publications, Aylesbury.
- ZOZAYA, J. (ed.) (1995): *Alarcos. El fiel de la balanza*. Patrimonio histórico-Arqueología, 15. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- Mapa Hidrogeológico de España. Escala 1:200.000*. Madrid. Instituto Tecnológico y GeoMinero de España, Madrid. 1991.
- Mapa Geológico de España. 1:50.000. Hoja n° 606. Chinchón*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid. 1975.
- Mapa Geológico de España. E: 1:200.000. Síntesis de la cartografía existente*. Toledo (53). Instituto Geológico y Minero de España, Madrid. 1986-2ª edición.